

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

TESIS DE LICENCIATURA EN HISTORIA

TÍTULO:

Unidos y separados

La configuración de un peronismo
progresista en la década del '80.

DIRECTORA: MARÍA DOLORES BÉJAR

TESISTA: GERMÁN FEDERICO BASSO

LEGAJO 73950/5

MAYO DE 2010

Índice

1. Introducción	3
1.1 Planteo del problema	3
1.2 Estado de la cuestión	5
1.3 Marco teórico.....	8
2. El contexto de la revista Unidos: crónica de la Renovación Peronista.....	11
2.1 Las elecciones de 1983	11
2.2 El rearmado del peronismo en los primeros años de Alfonsín	15
2.3 El primer intento de renovación dentro del PJ	19
2.4 La consolidación de la Renovación y el origen de sus internas	26
2.5 Las elecciones de 1987	30
2.6 La carrera hacia las internas. Del esplendor al fin de la Renovación.....	32
2.7 Comentarios sobre la Renovación:	37
3. Análisis de la revista.....	40
3.1 La edición de la revista y el recorte propuesto	40
3.2 Reescribiendo la tradición	43
3.2.1 Perón.....	43
3.2.2 Montoneros.....	44
3.3 La política interna del PJ	50
3.3.1 Contra la ortodoxia	50
3.3.2 El sindicalismo peronista.....	56
3.3.3 El Peronismo ¿Partido o Movimiento?.....	61
3.4 Unidos frente al alfonsinismo.....	64
3.5 Unidos frente a la Renovación	69
3.5.1 Las discusiones en la campaña del '87.....	69
3.5.2 El ajuste al neoliberalismo.....	74
3.5.3 La derrota de la Renovación en las internas y el final de Unidos	79
4. Conclusión	85
5. Bibliografía:	90

1. Introducción

1.1 Planteo del problema

El final del Proceso de Reorganización Nacional en 1983 fue el inicio de un nuevo ciclo en la política argentina. Conjuntamente con la instauración de la democracia como sistema de gobierno, se generó un nuevo consenso en torno a la necesidad de preservar el estado de derecho respetando los Derechos Humanos que la dictadura había violado sistemáticamente. Este “nuevo tiempo político”¹ marcó un quiebre no sólo respecto a los años oscuros del Proceso, sino también respecto a los agitados años ‘70, donde la violencia era aceptada como un instrumento de la política por gran parte de sus actores.

En este nuevo tiempo político el peronismo emergía con un discurso en buena medida petrificado desde su última experiencia en el poder. La conducción del partido se encontraba en manos del sindicalismo, que, controlado por el líder de la Unión Obrera Metalúrgica (OUM) Lorenzo Miguel, impuso como candidatos para las elecciones de octubre de 1983 a la fórmula Luder-Bittel.

El revés sufrido en las elecciones a manos de un radicalismo liderado por Raúl Alfonsín iniciará un período de intensos cambios dentro de la conducción del Partido Justicialista (PJ).² La crisis de legitimidad que padecerá el miguelismo³ posibilitará la emergencia de nuevas voces dentro del PJ, integradas fundamentalmente por una mayoría de gobernadores peronistas recientemente electos y por figuras destacadas dentro del peronismo que habían sido marginadas por la conducción del partido, como

¹ Gabriel Vomaro, “Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina”, en Alfredo Pucciarelli (coord.) *Los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

² Ricardo Gutiérrez, “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982, 1995”, XXI Congreso de la *Latin American Studies Association*, Chicago, 1998.

³ Lorenzo Miguel era el presidente de la Unión Obrera Metalúrgica, el sindicato más poderoso dentro de las denominadas 62 Organizaciones Peronistas, el agrupamiento sindical más fuerte dentro del peronismo. Según declaraciones de Cafiero, la fórmula presidencial Luder-Bittel con la que el peronismo se presentó en 1983 fue decidida en una reunión en la que participaron Lorenzo Miguel, Herminio Iglesias y el propio Antonio Cafiero.

era el caso de Antonio Cafiero.⁴ El nuevo agrupamiento que irá decantando paulatinamente tomará el nombre de Renovación Peronista y propondrá un cambio tanto en la cúpula dirigenal como en las prácticas del partido, en sintonía con la renovación que el alfonsinismo había impulsado en el radicalismo.

Es en este contexto donde se sitúa *Unidos*, una revista dirigida por Carlos “Chacho” Álvarez y publicada entre 1983 y 1991 que nucleaba a intelectuales vinculados al peronismo. En este proyecto analizaremos la forma en la cual *Unidos* se posiciona frente a los conflictos desatados en el interior del PJ en los '80, enfocándonos en la relación que entablaron con la Renovación Peronista, sector con el cual llegaron a establecer un fuerte vínculo.

Inicialmente liderada por Carlos Menem, Antonio Cafiero y Carlos Grosso, la Renovación Peronista se destacará por su marcada heterogeneidad. Esta heterogeneidad es la que en ocasiones dificulta la caracterización de la Renovación, que es definida más en términos de lo que no es que por sus propias cualidades. Si bien percibimos la inconveniencia que puede exhibir el intentar una acabada caracterización que englobe a elementos tan disímiles, sí consideramos útil reconstruir el conjunto de ideas dentro del cual se desenvolvían quienes eran parte de la Renovación. *Unidos* resulta una publicación valiosa en este sentido ya que pese a no ser una revista de la Renovación Peronista, logró constituirse en un escenario de debate para los intelectuales cercanos a la Renovación. El hecho de no tener que obedecer ningún tipo de mandato partidario les permitió a quienes participan en la revista exponer sus opiniones con mayor libertad, estimulando, de esta forma, los debates sobre la política partidaria dentro de la publicación. Al mismo tiempo, esta distancia crítica siempre se mantuvo dentro de una marcada cercanía con la facción renovadora.⁵ Prueba de esto último es la presencia de artículos de políticos renovadores -tales como Menem, Grosso, Cafiero y De la Sota- en la revista, y el acercamiento entre el director de la publicación, Carlos Álvarez, y Antonio Cafiero hacia 1987.

Nuestro interés en este trabajo se centra en analizar de qué modo el grupo de intelectuales que conforma *Unidos* construye un espacio simbólico propio, y cómo, desde ese espacio, buscan intervenir en las discusiones de la política partidaria. En este sentido, pensamos a la publicación como un escenario de consensos y conflictos

⁴ Norberto Ivancich, “La larga marcha: de la institucionalización del PJ, hasta la instauración del menemismo”, en www.croquetadigital.com.ar

⁵ Carlos Altamirano, “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente*, Buenos Aires, Edhesa, 2004, p.70-72.

permanentes, no solo debido a los acuerdos o diferencias de sus propios integrantes, sino también debido a la constante redefinición del vínculo entre intelectuales y política que allí se gestiona. Si bien la revista nuclea a un grupo de intelectuales, su voluntad de intervenir en la política hará que una gran parte de ellos termine ocupando cargos políticos durante el período analizado,⁶ trasgrediendo el mero papel de intelectuales ajenos al compromiso partidario. Las preguntas que pretendemos responder en este trabajo buscan tanto reconstruir la identidad política que el grupo intenta forjar, como entender el lugar desde el cual lo hacen y el contexto en el que lo hacen. Al reivindicarse como peronistas, quienes escriben en *Unidos* ¿qué elementos del peronismo rescatan y cuales desechan? ¿De qué forma consiguen integrar esos elementos en un relato que logre coherencia y resulte útil para la nueva coyuntura política? ¿Qué relaciones establecen, en el plano discursivo, con otros sectores dentro del peronismo tales como la Renovación, la ortodoxia peronista o el menemismo? ¿Qué visión sostienen del alfonsinismo y de que forma programan una alternativa al gobierno?

1.2 Estado de la cuestión

Por tratarse de una revista editada durante 1983 y 1991 e inscribirse dentro de lo que se denomina *historia reciente*, los trabajos y referencias sobre *Unidos* son escasos. El más completo es una tesis de maestría en Ciencias Sociales de María Teresa Brachetta titulada “‘Refundar el peronismo’, la revista *Unidos* y el debate político ideológico en la transición democrática” (2005). Su estudio resulta de vital interés para nuestra investigación, ya que Brachetta recorre algunas de las discusiones mantenidas en la revista durante sus ocho años de existencia. Su tesis consta de dos partes: en la primera analiza las transformaciones acontecidas en el campo intelectual desde los años ’60 y ’70 hasta el renacer democrático de los ’80. Allí se desglosa el pasaje del *intelectual comprometido*, que caracterizó la radicalización política de los años previos

⁶ Carlos Álvarez, editor de la revista hasta 1987, es un ejemplo paradigmático en este sentido ya que será elegido diputado provincial en 1989.

a la dictadura del 1976 y donde la idea de “revolución” ocupaba un lugar central de debate, al nuevo escenario posdictatorial en el cual la construcción de los regímenes democráticos imponía los límites y las posibilidades de la agenda intelectual.

En la segunda parte de su tesis Brachetta se enfoca en los cambios del discurso intelectual peronista desplegados por *Unidos*, que incluían tópicos como la incorporación de los debates sobre la modernidad y sobre la reconceptualización de la idea de revolución, entre otros. De esta forma, la mayor preocupación de Brachetta consiste en comprender el lugar que *Unidos* ocupó dentro de un campo intelectual que sufría fuertes transformaciones teóricas con el renacer democrático. Nuestro trabajo, en cambio, vertebra una perspectiva poco abordada por la autora, ya que busca pensar a *Unidos* como parte de la reformulación de *identidades políticas* durante el nuevo período democrático. En este proyecto buscamos centrarnos en la relación que la revista entabló con los distintos agentes políticos de su tiempo, en especial con la heterogénea y cambiante Renovación Peronista, con lo cual nos corremos del debate intelectual en el que Brachetta profundiza, fijando nuestra atención en los nexos con el campo político.

Otro trabajo sobre *Unidos*, el de Federico Escher,⁷ analiza específicamente los números 4 y 5 de la revista, editados en diciembre de 1984 y abril de 1985 respectivamente. Presentado en las *3ras Jornadas de Jóvenes Investigadores* del *Instituto de Investigaciones Gino Germani* durante el mes de septiembre del 2005, el artículo estudia los cambios de discurso que se expresan entre los dos números de *Unidos*, para analizar el modo en que *Unidos* se va recolocando en una posición más cercana al sector renovador al tiempo que se distancia del grupo ortodoxo. De esta forma Escher busca mostrar cómo *Unidos* se posiciona frente a las disputas entre las distintas facciones del peronismo: la dirigencia ortodoxa y el sector renovador, o el destinatario negativo y el positivo, retomando las definiciones de Eliseo Verón citadas por el propio Escher.

Sobre la Renovación Peronista, el abanico de estudios es más amplio, y aquí la bibliografía puede ser agrupada en dos grandes conjuntos: por un lado los trabajos periodísticos, no sólo referidos a fuentes de la prensa escrita sino también a biografías sobre políticos pertenecientes a la Renovación o textos de tipo ensayístico, en su gran mayoría escritos por periodistas; y, por el otro, las investigaciones de científicos sociales,

⁷ Federico Escher, *La revista Unidos frente a los conflictos entre “ortodoxos” y “renovadores” durante la transición democrática en la Argentina (1983-1985)*, 3ras Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, 2005.

principalmente historiadores y sociólogos. Dentro del primer grupo se destacan el libro de Joaquín Morales Solá,⁸ titulado *Asalto a la Ilusión*; y las biografías sobre Carlos Menem de Gabriela Cerruti⁹ y sobre Antonio Cafiero, de Roger Grivil.¹⁰

En el segundo grupo, podemos señalar las obras de Steven Levitsky, de James McGuire y Gerardo Aboy Carlés. El libro de Levitsky, *La Transformación del justicialismo*,¹¹ detalla los cambios sufridos por el PJ desde 1983 hasta 1999, sosteniendo como hipótesis principal que el partido, gracias a su escasa rutinización (las normas y procedimientos formales o informales resultan fluidos, cuestionados o habitualmente soslayados o ignorados por sus miembros), logró adaptarse rápidamente a los cambios del contexto político-económico, pasando de ser un partido de base sindical a uno de tipo clientelar. Para Levitsky, la Renovación jugó un papel clave en este proceso: sin proponérselo, al limitar la influencia de los sindicalistas en la dirigencia partidaria y establecer mecanismos puramente electorales para la selección de sus dirigentes y candidatos, favoreció el fortalecimiento del clientelismo como soporte electoral para los políticos de base territorial del PJ, en detrimento del sindicalismo

La obra de McGuire, *Peronism without Perón*,¹² recorre un mayor espectro temporal, ya que su estudio incluye desde la primer presidencia de Perón hasta los comienzos de la gestión de Menem. En el séptimo capítulo, enteramente dedicado a la Renovación Peronista, McGuire da cuenta del ascenso y caída de la fracción política liderada por Cafiero, dirigiendo la atención a la relación entre las distintas fracciones del sindicalismo peronista y a su vinculación con las diferentes agrupaciones políticas dentro del partido. Si bien su trabajo tiene una impronta más narrativa que la de Levitsky, coincide con éste en la importancia de la Renovación para alcanzar reformas que resultarán de vital importancia en el desarrollo posterior del peronismo, especialmente al limitar el poder del sindicalismo dentro del partido.

Otro de los trabajos que aborda el estudio de la Renovación Peronista es el realizado por Aboy Carlés, titulado *Las dos fronteras de la democracia argentina*.¹³ Si

⁸ Joaquín Morales Solá, *Asalto a la ilusión, Historia secreta del poder en la Argentina desde 1983*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

⁹ Gabriela Cerruti, *El Jefe, Vida y obra de Carlos Menem*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

¹⁰ Andrew McAdam, *Antonio F. Cafiero, El Renovador*, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

¹¹ Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo. Del Partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005

¹² James McGuire, *Peronism without Perón, Unions, Parties, and Democracy in Argentina*, California, Stanford University Press, 1997.

¹³ Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina, La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001.

bien su trabajo incluye el estudio de las identidades políticas desde el alfonsinismo hasta el menemismo, sólo dedica una sección del cuarto capítulo del libro a analizar las rupturas y continuidades que implicó la Renovación respecto del pasado del peronismo. Allí también Carlés aborda la construcción en dos frentes del discurso renovador, que buscaba distanciarse de la dirigencia ortodoxa del partido al tiempo que marcaba sus diferencias con el gobierno radical.

Al repasar críticamente este corpus bibliográfico, es posible evidenciar la dificultad que conlleva la delimitación y caracterización de lo que se denomina la *Renovación Peronista*. Esta cuestión será ampliada y atendida con mayor detalle en el próximo capítulo, donde presentamos una breve crónica del peronismo durante los años '80. De todas formas, creemos que el estudio de actores que buscaron pensar a la Renovación al tiempo que participaban directa o indirectamente en este espacio político, como es el caso de *Unidos*, pueden aportar nuevas claves sobre este tema.

1.3 Marco teórico

La revista *Unidos* se ubica en la intersección de los universos político e intelectual. Aunque éstos nunca se encuentran aislados, el grupo buscaba sistemáticamente traer a la realidad política local las discusiones del mundo intelectual, enriqueciendo en el proceso a ambos polos. El enfoque seguido en esta investigación intentará abordar estos dos perfiles del grupo, poniendo especial énfasis en la arista política de *Unidos*.

Nos preocupa pensar a la revista como un espacio de canalización y de generación de nuevas discusiones dentro de la denominada corriente *renovadora* peronista. Las discusiones sostenidas en *Unidos* corrieron en paralelo a la conformación y consolidación de la Renovación, y si bien terminarán por identificarse con esta experiencia política, no dejaron de mantener una distancia crítica respecto a la misma.

Para abordar este perfil político del grupo *Unidos*, nos valdremos del concepto de **identidad política** como es definido por Aboy Carlés:

...el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición propia de la unidad de referencia.”¹⁴

En este concepto de *identidad política*, Carlés establece tres dimensiones analíticas: la *alteridad*, la *representación* y la *tradición*. La primera hace referencia al exterior constitutivo de toda identidad dentro de un sistema de conformación de identidades, establecidas estas últimas a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna. Su aspecto fundamental está dado por el establecimiento de los límites de una identidad política respecto a un exterior. La dimensión de *representación* informa sobre el propio espacio de identificación, donde cumplen un rol primordial los elementos cohesivos de la identidad, como lo son los procesos de construcción de liderazgos, la conformación de una ideología política y la relación con determinados símbolos. La dimensión de la *tradición* hace referencia al aspecto temporal de la identidad política, en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. La idea de pasado que supone esta interpretación es la de uno que se encuentra abierto, pudiendo ser reconstruido en función del presente y del futuro deseado.

En este proyecto nos proponemos entonces ver a *Unidos* como parte de la corriente renovadora dentro del peronismo, a la que buscó fundamentar discursivamente construyendo una *identidad política* que participara en los debates públicos del momento.

El otro aspecto que nos interesa abordar en esta investigación es el que Neiburg denomina *génesis social de los intérpretes* de la realidad, apuntando a comprender la “lógica social subyacente a los debates, la génesis social de las figuras que en ellos participaron y sus efectos en la construcción...”,¹⁵ que empleamos, en este caso, para explorar la Renovación Peronista. La *sociogénesis* de *Unidos* nos permite poner el foco

¹⁴ Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina...*, cit., p. 54.

¹⁵ Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998, p. 16.

no tanto en los aportes del grupo a la identidad renovadora, sino más bien sobre los propios *intelectuales* que participan en la revista, sobre las ideas que circulaban en sus ámbitos de discusión en el momento en que se proponían intervenir en la arena política. En palabras de Neiburg, la intención es comprender “la *lógica social subyacente* a la existencia de (los) debates”¹⁶ en los cuales participan los miembros de la revista. De esta forma, *Unidos* será abordada como un exponente de las discusiones que circulaban en el peronismo durante los años '80.

¹⁶ *Ibid.*

2. El contexto de la revista *Unidos*: crónica de la Renovación Peronista

En esta primera parte intentamos dar cuenta del contexto político en el cual se enmarca la revista *Unidos*, cuestión que evaluamos imprescindible para estudiar, en una segunda instancia, los debates que se producen en la misma. La breve reseña histórica centrada en la Renovación Peronista que desarrollaremos a continuación ha sido construida en gran medida a partir de bibliografía general sobre el período trabajado y recurriendo al diario *Clarín* como fuente primaria de consulta.

También cabe aclarar que, dada la proximidad temporal del período a estudiar, en la bibliografía sobre los procesos políticos acontecidos en el peronismo durante los '80 aún no se han decantado con claridad focos definidos de debate ni perspectivas enfrentadas, a partir de las cuales se puedan formular discusiones precisas en torno a problemas determinados. Por este motivo nuestra exposición sobre el peronismo de los '80, no tomará la forma de un estado de la cuestión, que resultaría fragmentario y desarticulado, sino que buscará seguir el curso histórico de la Renovación Peronista, enriqueciéndolo con los trabajos de científicos sociales recopilados sobre el período, cuando los hubiere.

2.1 Las elecciones de 1983

Entre los elementos más destacados del nuevo tiempo político que se inaugura con el final del Proceso de Reorganización Nacional en 1983 se encuentra la revalorización de la democracia y de la política como espacio de mediación en la resolución de conflictos.

Una de las figuras que logra un notable protagonismo en este nuevo panorama es Alfonsín, quien en poco tiempo conseguirá erigirse como el líder de un radicalismo renovado. Con un discurso alejado de la moderación que había mantenido el anterior

presidente de la UCR, Ricardo Balbín, en tiempos de la Multipartidaria,¹⁷ Alfonsín enfatizó durante la campaña presidencial el antagonismo entre autoritarismo y democracia, reivindicando sin ambigüedades las instituciones republicanas.¹⁸ Las innovaciones en el discurso que pone en práctica el alfonsinismo le permitirán *aggiornar* la imagen de la UCR, posicionándose por delante del peronismo y de gran parte de la ciudadanía argentina en los reclamos de justicia y castigo a las Fuerzas Armadas por las violaciones a los derechos humanos cometidas durante el Proceso.¹⁹ Como destaca Aboy Carlés,²⁰ el discurso enunciado por Alfonsín formaba una frontera en dos sentidos: respecto al pasado reciente, en el cual reinaba el autoritarismo, y respecto a los actores que encarnaban ese pasado. Si bien la opinión pública reconocía en las Fuerzas Armadas al principal actor del *Proceso*, cierta ala del peronismo aparecía comprometida en él, en particular aquella parte de la dirigencia sindical que ahora detentaba el control del PJ. Esta operación de asimilar a peronistas y militares se vería expresada en la denuncia que el propio Alfonsín hará sobre un pacto militar-sindical en marzo de 1983, poniendo de manifiesto la cercanía existente entre estos actores. Si bien Alfonsín nunca pudo aportar pruebas fehacientes sobre este supuesto pacto, la situación que atravesaba el peronismo durante la campaña electoral posibilitó que esta denuncia tuviera amplia credibilidad dentro del electorado.

Los casi ocho años de dictadura no habían transcurrido sin afectar el multipolar movimiento peronista. Tanto la extrema derecha, encarnada en la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), como la izquierda peronista de Montoneros y la Juventud Peronista, habían dejado de existir. La primera, producto de su innecesaria presencia una vez desplegados los aparatos represivos de las Fuerzas Armadas, y la segunda debido, justamente, al éxito de dichos aparatos. La burguesía nacional nucleada en torno a José Gelbard se había prácticamente extinguido por las políticas económicas liberales de Alfredo Martínez de Hoz y Roberto Alemann. Solamente dos sectores lograron mantener su poder dentro del partido: la dirigencia sindical, y los caudillos en

¹⁷ César Teach, “Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)” en Silvia Dutrénit (Coord.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, México, Instituto Mora, 1996 p. 59.

¹⁸ Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhesa, 2006, p. 137.

¹⁹ Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*, Buenos Aires, Ariel, 2006, pp. 72-73.

²⁰ Gerardo Aboy Carlés, “Parque norte o la doble ruptura alfonsinista”, *La historia reciente: Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhesa, 2004.

las distintas provincias y en las localidades del Gran Buenos Aires.²¹ Pero sólo el sindicalismo peronista poseía la capacidad política y económica para controlar el PJ.

Durante el ocaso de la dictadura, los sindicatos habían obtenido la normalización de los gremios y la devolución de las obras sociales. Gracias al retorno de esta fuente de financiamiento, el sindicalismo, controlado por dirigentes peronistas, pasó a convertirse en el único sector dentro del PJ con recursos para volcar en la carrera política.²² En los principales bastiones electorales, donde los sindicatos solían ser fuertes, éstos se encargaron de los gastos en publicidad, de proveer los locales como sedes de campaña y de desarrollar actividades para la recaudación de fondos.²³ Al desplegar sus organizaciones en la vida política del PJ, los sindicatos lograron hegemonizar la conducción del partido, tanto a nivel local como provincial, obteniendo el apoyo de importantes dirigentes políticos dentro del peronismo. Esta situación quedará reflejada en el Congreso Nacional Justicialista celebrado en Buenos Aires entre el 3 y el 6 de septiembre de 1983, en el cual Lorenzo Miguel, Secretario General de la UOM y de las 62 Organizaciones Peronistas, será designado Vicepresidente del PJ. Este cargo pasó a ser el de mayor importancia, debido a que quien había sido designada como Presidenta del partido, María Estela Martínez de Perón, se encontraba viviendo en España, y no tenía intención de intervenir en la vida interna del justicialismo. Asimismo, los dirigentes sindicales obtuvieron una cuota importante de las candidaturas a diputados y senadores, especialmente en la Capital Federal, y en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

El control del partido por los sindicalistas generó tensiones con otros sectores internos del peronismo, especialmente con algunos dirigentes políticos que no encontraron lugar dentro del nuevo armado del justicialismo. Un caso sintomático fue el protagonizado por Cafiero, cuyas aspiraciones a participar dentro de la fórmula presidencial quedaron truncas cuando el Congreso Justicialista de septiembre del '83 oficializó las candidaturas Ítalo Luder y Deolindo Bittel como presidente y vicepresidente respectivamente. Una vez desplazado, Cafiero intentó alcanzar la candidatura a la gobernación de Buenos Aires, pero resultó marginado nuevamente, esta vez por Herminio Iglesias. Esta situación abrió claramente una brecha entre quienes controlaban el partido y quienes apoyaban a Cafiero -en ese entonces una agrupación

²¹ Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia...*, cit., p. 84-85.

²² Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea...*, cit., p. 148.

²³ Steven Levisky, *La transformación del justicialismo...*, cit., p. 126.

denominada MUSO²⁴-, que comenzarían a plantearse seriamente la necesidad de impulsar una renovación dentro del partido, tanto en sus dirigentes como en sus prácticas internas.

El primer gran desafío al cual se enfrentó este peronismo con presencia hegemónica del sindicalismo fueron las elecciones de diciembre de 1983. El triunfo de Alfonsín marcó el fin de una de las premisas más fuertes del peronismo: el de representar a la mayoría. El 51% de los votos obtenidos por la UCR, frente al 40% del PJ, inaugura una nueva etapa en la política argentina, donde, siguiendo a Vommaro, la elección “ya no sería un espacio de confirmación de una supremacía anterior, sino *el* momento de constitución de una mayoría.”²⁵ Quienes dirigían el PJ fracasaron en esta construcción, y sus causas pueden encontrarse en la forma en que condujeron su campaña electoral. El visible poder dentro del partido de un sindicalismo desprestigiado a los ojos de la opinión pública, los enfrentamientos entre ciertos sectores de izquierda y de derecha en los actos partidarios, y la intención demostrada por el candidato a la presidencia, Ítalo Luder, de buscar la reconciliación con el menoscabado régimen militar, fueron algunos de los rasgos de la campaña que más perjudicaron el desempeño electoral del PJ.²⁶ Un hecho que condensa este peronismo del cual el electorado decidió alejarse se dio durante el cierre de campaña de Herminio Iglesias, cuando un cajón fúnebre con el escudo de la UCR fue incendiado por los allí presentes. Esta imagen del cajón en llamas representó para quienes vieron las imágenes por televisión o en los diarios, una clara expresión de retorno a un peronismo donde la violencia era moneda de cambio y las virtudes democráticas tenían escaso valor.

²⁴ El Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO) fue fundado en septiembre de 1982, entre otros, por Antonio Cafiero, Deolindo Bittel, Miguel Unamuno y la Comisión de los 25.

²⁵ Gabriel Vomaro, “Cuando el pasado es superado por el presente ...”, cit., p. 264

²⁶ Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea...*, cit., pp. 148-151.

2.2 El rearmado del peronismo en los primeros años de Alfonsín: el rol de opositor

Si bien la derrota electoral del peronismo fue un duro revés para quienes dirigían el partido, su conducción no se vio amenazada inmediatamente. El sindicalismo mantendría su poder dentro del PJ, resultando inclusive fortalecido debido al despliegue inicial del gobierno de Alfonsín, especialmente con la denominada “Ley Mucci”.

Esta ley apuntaba a revertir la hegemónica presencia del peronismo dentro del sindicalismo argentino -en cuya labor la dictadura había fracasado- dando un nuevo orden jurídico a unas organizaciones obreras donde pervivían reglas de juego poco democráticas según la opinión generalizada.

El *Proceso*, que en un principio había decretado la suspensión de toda actividad sindical, promulgó en noviembre de 1979 una nueva ley de asociaciones gremiales en la cual el poder de los sindicatos era fuertemente recortado gracias, entre otras cuestiones, a un aumento del control del Ministro Trabajo, a la separación de las obras sociales de los sindicatos, y a la prohibición de conformar confederaciones u organismo de tercer grado. Asimismo, los sindicatos debían reformar sus estatutos en sintonía con la nueva disposición, lo que demoró el procedimiento de normalización a tal punto que en marzo de 1982 un nuevo decreto (Nº 549) permitía al Ministro de Trabajo designar delegados normalizadores de los sindicatos, conformando las denominadas “comisiones transitorias”. En 1983 otro decreto dispundrá que estas comisiones deberán elevar a la autoridad administrativa el programa de normalización del sindicato, a fin de regularizar definitivamente su situación.²⁷ La Junta Militar, desprestigiada luego de la derrota en Malvinas, apresuró las elecciones de autoridades sindicales ante la necesidad de enfrentar una creciente oposición al gobierno. En estos comicios, cuestionados a los ojos de la opinión pública por supuestas irregularidades, gran parte de las antiguas cúpulas peronistas resultaron electas y, gracias a la devolución de las obras sociales, contaron con recursos para volcar en los gastos de campaña de las elecciones presidenciales. Ya con Alfonsín en el poder, estas mismas cúpulas se perfilaban como uno de los principales opositores al flamante gobierno radical.

²⁷ Ricardo Guido y Hector Domeniconi, “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”, *Desarrollo Económico*, v. 26, Nº 103, octubre-diciembre de 1983, p. 429.

Con la firme intención de democratizar una amplia gama de espacios de poder y corporaciones, Alfonsín envió al Congreso el proyecto de *Ley de Reordenamiento Sindical y su Régimen Electoral* el 16 de diciembre de 1983, seis días después de haber asumido como Presidente. Esta ley, popularmente conocida como “Ley Mucci” por haber sido redactada por el entonces ministro de Trabajo, Antonio Mucci, apuntaba a “imponer serias restricciones a los mecanismos que tradicionalmente habían facilitado la permanencia de las viejas cúpulas gremiales”.²⁸ Su punto central consistía en alcanzar una representación sindical fuertemente orientada “de abajo hacia arriba”, eligiendo primero a los delegados de base para luego ir componiendo la estructura ascendente, evitando los sistemas electivos establecidos en los estatutos sindicales, que tendían a fortalecer la continuidad de las direcciones y a obstaculizar la competencia interna.²⁹ En este sentido la ley también buscaba profundizar la fiscalización de las elecciones sindicales, que pasaba a estar sometida a la autoridad de la Justicia Nacional Electoral, y facultaba al Ministro de Trabajo para designar a un “administrador” y a veedores judiciales independientes del proceso electivo. Además establecía un sistema de representación que incluía una mayoría y una minoría en las organizaciones gremiales, y se impedía la posibilidad de que el candidato alcanzara los tres mandatos consecutivos, siendo necesario un período de reincorporación al trabajo de al menos tres años para ser electo nuevamente.

La “Ley Mucci” se mostraba amenazante para un peronismo que venía de ser duramente derrotado en las elecciones, y cuyo rol como oposición al alfonsinismo parecía ser una incógnita para propios y extraños. No sólo podía resultar perjudicial para la fuerte presencia del peronismo dentro de los sindicatos, sino que era potencialmente un elemento de discusión y conflicto al interior del mismo PJ.

Si la intención del gobierno era dividir y debilitar al peronismo mediante la “Ley Mucci”, las consecuencias no podrían haber sido más negativas. Como destaca Luis Alberto Romero, ante este desafío “se unificaron todas las corrientes del peronismo, gremial y político”,³⁰ logrando rechazar el 15 de marzo de 1984 la ley en la Cámara de Senadores, donde el PJ contaba con el bloque más amplio, por el mínimo margen de un voto. Tan sólo un mes después, el desgastado Antonio Mucci renunciará a su cargo para

²⁸ *Ibid.*, p. 428.

²⁹ Héctor Palomino, “Argentina: dilemas y perspectivas del movimiento sindical”, *Nueva Sociedad* N° 83, Mayo-Junio de 1986, p. 96.

³⁰ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 252.

que ocupe su lugar Juan Manuel Casella, quien al poco tiempo de asumir cambiará la estrategia confrontativa del anterior ministro por una de carácter concertador, estableciendo la devolución de los fondos de las obras sociales a los gremios³¹ y acordando una normalización inicial de las conducciones sindicales para luego pasar a los niveles inferiores.³² El peronismo logrará así posponer sus diferencias internas para ejercer un exitoso rol de opositor que permitirá conservar la conducción del partido, al menos de forma circunstancial, a quienes la poseían desde la apertura democrática.

Superada esta primera prueba, el sindicalismo peronista, y especialmente la CGT,³³ pasó a enfrentarse a prácticamente todas las iniciativas del oficialismo. El 3 de septiembre de 1984 la Confederación General del Trabajo realizará el primer paro general desde el retorno a la democracia, en rechazo a la política socioeconómica del gobierno en general, y a su política salarial en particular. Si bien el paro tuvo un acatamiento parcial, cercano al 50%,³⁴ sirvió para mostrar que la oposición a la gestión de Alfonsín no era impopular. En esta oposición la CGT no se encontraba sola, y no tardó mucho tiempo para que algunos de los sectores más descontentos con el primer semestre del nuevo gobierno comenzaran a acercar sus posiciones. En ese mismo mes de septiembre la Unión Industrial Argentina (UIA), la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada (CONINAGRO), la Cámara de Comercio (CAC), la Coordinadora de Actividades Mercantiles y Empresarias (CAME), la Cámara Argentina de la Construcción, y otras entidades empresarias, junto a la CGT elaboraron un documento en el cual se criticaba la orientación económica del gobierno.³⁵ Hacia comienzos de 1985 estas coincidencias entre grupos empresarios y sindicales se materializará en la conformación del autodenominado Grupo de los 11, que logrará presentar una serie de propuestas al gobierno como alternativa al plan

³¹ Marcos Novaro y Vicente Palermo, “Las ideas de la época entre la invención de una tradición y el eterno retorno de la crisis” en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2004, p. 42.

³² Héctor Palomino, “Argentina: dilemas y perspectivas del movimiento sindical”, cit., p. 97.

³³ Con el retorno a la democracia, y especialmente frente a la embestida oficialista con la “Ley Mucci”, las CTG Azopardo y CGT República Argentina se unieron en lo que se denominó CGT Unificada (CGTU). Las 62 organizaciones tuvieron escasa representación en el secretariado de la CGTU que se componía de cuatro secretarios generales. Uno de ellos, Saúl Ubaldini, se destacó por su labor de oposición al gobierno y pasó a ser el titular de la central obrera luego de su normalización electoral en 1986.

³⁴ Nicolás Iñigo Carrera, “Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”, 5to Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, agosto 2001.

³⁵ Eugenia Aruguete, “El ‘Grupo de los 11’. Intentos y fracasos en la construcción de alianzas policlasistas durante la transición democrática”, Terceras Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, septiembre 2005.

económico oficial una semana antes de que renunciara el Ministro de Economía Bernardo Grinspun en medio de una crisis hiperinflacionaria a mediados de febrero de 1985.

Las otras dos cuestiones destacadas a las cuales se opuso el justicialismo en estos primeros años de gobierno radical fueron la firma del tratado con Chile por el canal de Beagle, y la política de Alfonsín frente a los militares acusados de violar los derechos humanos durante la última dictadura. Respecto al problema de límites con Chile, un conflicto de larga data y que se había agudizado durante el *Proceso*, el Justicialismo se opuso enérgicamente a la salida propuesta por Alfonsín de aceptar el veredicto de la mediación papal, desoída por los anteriores gobiernos militares. Para resolver el problema, el gobierno decidió llamar en noviembre de 1984 a un plebiscito no vinculante que reveló a un abrumador 82% de los votantes a favor de aprobar la solución propuesta por el Papa, desnudando la escasa aceptación social que tenía la oposición peronista a la firma del tratado. En cuanto a la investigación y el enjuiciamiento a los militares comprometidos con los crímenes del *Proceso*, el justicialismo coincidió con las críticas realizadas por la Iglesia sobre la creación de la CONADEP y sobre la forma de proceder en los juicios.³⁶ La coincidencia entre el PJ y la Iglesia se irá profundizando a medida que su mutuo enfrentamiento al oficialismo los haga converger en estos temas y en cuestiones como los proyectos de ley sobre la herencia de los hijos extramatrimoniales y sobre el divorcio, ambos impulsados por el alfonsinismo.

Como argumenta Levitsky, el lugar ocupado por el justicialismo como opositor a las políticas más progresistas del gobierno de Alfonsín, llevó al peronismo a distanciarse aún más de los votantes de clase media e independientes.³⁷ Debido a los cambios en la sociedad argentina durante los '70 y comienzos de los '80, este sector resultaba cada vez más importante a la hora de definir las elecciones. Las políticas económicas de la última dictadura militar pronunciaron una tendencia que ya se expresaba en la Argentina en particular y en el capitalismo en general, de retracción de la clase obrera, y de fragmentación y heterogeneización de los sectores populares. Estos cambios repercutieron negativamente en la base electoral del peronismo, que sufrió una merma notable en sus resultados electorales durante las elecciones de 1983 y 1985, en las cuales mantuvo una plataforma *tradicional estatista y populista*³⁸ cuyo eje era el

³⁶ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., p. 186.

³⁷ Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo...*, cit., p. 142.

³⁸ *Ibid.*, p. 142.

movimiento obrero organizado. La estrategia política del PJ, focalizada hacia la clase obrera peronista y dirigida en gran medida por los propios sindicalistas, no cambió de rumbo pese a los fracasos electorales de los primeros años del retorno a la democracia. Este cambio provino de la mano de un grupo de dirigentes con escaso lugar dentro de las estructuras formales del partido y que se darán el nombre de *Renovadores*.

2.3 El primer intento de renovación dentro del PJ

Las diferencias políticas al interior del partido peronista se mantuvieron latentes durante un tiempo luego de la derrota en las elecciones presidenciales, pero finalmente afloraron hacia fines de 1984. El 9 de diciembre, en vistas a un nuevo congreso partidario, se crea el Frente de Renovación Peronista, compuesto por el MUSO, Convocatoria Peronista -liderada por Carlos Grosso-, el Frente de la Unidad Peronista -de Eduardo Vaca-, la Comisión de los 25 y los ex CGT Azopardo.³⁹ Seis días después, el 15 de diciembre, se celebra el primer congreso del PJ desde el retorno de la democracia en el Teatro Odeón de Buenos Aires. Con un clima previo marcado por el enfrentamiento verbal, el congreso era esperado por un amplio espectro de peronistas “disidentes” para buscar modificar la conducción partidaria. En ese entonces, entre los disconformes se encontraba el Frente Renovador, cuyas figuras sobresalientes eran Cafiero y Grosso; la llamada liga de gobernadores, liderada por el gobernador de Santiago del Estero Carlos Juárez y donde se destacaban figuras como Vicente Saadi (Gobernador de Catamarca), Raúl Bercovich Rodríguez (candidato a gobernador en Córdoba) y Carlos Menem (Gobernador de La Rioja); el sector de peronistas bonaerenses enfrentados a Herminio Iglesias, donde se destacaba el intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde; y otros dirigentes aislados pero de cierto renombre tales como Oraldo Britos o Deolindo Bittel.⁴⁰

Durante el congreso de Odeón, la conducción reaccionó a las críticas cerrando filas en su interior y buscando la intimidación a los opositores. Intentó esquivar las

³⁹ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., p. 188.

⁴⁰ Clarín, 11/12/1984.

discusiones planteadas por los congresales en disconformidad, amenazándolos con frases violentas hacia quienes no apoyaran las propuestas del herminismo, llegando a utilizar la agresión física contra Carlos Menem cuando se disponía a abandonar el recinto.⁴¹ En medio de un clima cada vez más tensionado, la conducción del partido buscó nombrar gente de su propia fuerza para las nuevas autoridades partidarias, generando el retiro del teatro de 347 congresales sobre un total de 656.⁴² Sin el quórum necesario, fue elegida igualmente la nueva conducción: como Vicepresidente 1º del PJ a José María Vernet, un gobernador de Santa Fe estrechamente vinculado a la UOM, y a Lorenzo Miguel como Vicepresidente 2º -el cargo de Presidente seguiría en manos de la ausente María Estela Martínez de Perón. El sindicalismo ouminista mantenía así su hegemonía sobre los cargos más importantes del Partido. Esta actitud opera como catalizador para los opositores, que si bien logran evitar que Vernet llegue a la 1º Vicepresidencia, no podrán establecer una fuerza capaz de desplazar de la conducción al oficialismo.

Estas actitudes inflexibles y agresivas de lo que pasó a llamarse la *ortodoxia partidaria* o los *mariscales de la derrota* -Lorenzo Miguel, Herminio Iglesias y los gobernadores o políticos que los apoyaban- fueron repudiadas por gran parte de los dirigentes peronistas, entre quienes se destacaban los *renovadores*. El clima de descontento generalizado con los sucesos del Teatro Odeón se tradujo en la convocatoria a un nuevo congreso partidario de carácter extraordinario para el 2 de febrero de 1985 en la ciudad de Río Hondo, Santiago del Estero. Prueba del respaldo conseguido por este congreso fue su amplia convocatoria: de los 685 congresales habilitados, 382 acudieron a Río Hondo.⁴³

Las resoluciones que se tomaron en la ciudad santiagueña buscaron minar el poder que los ortodoxos tenían dentro del partido, pero sin llegar a una ruptura definitiva. Si bien se mantuvo a Isabel Perón como la Presidenta del partido, se eligieron nuevas autoridades partidarias, entre quienes estaban Oraldo Britos como vicepresidente primero; Roberto García, dirigente sindical del grupo de los 25, como vicepresidente segundo y José Manuel de la Sota, referente de la Renovación en Córdoba, como Secretario General. También se modificó el sistema de elección de autoridades partidarias, las que pasaron a ser elegidas por el voto directo de los afiliados

⁴¹ Norberto Ivancich, "La larga marcha...", cit.

⁴² Andrew McAdam, *Antonio F. Cafiero...* cit., pp. 124-125.

⁴³ Clarín, 5/2/1985.

en cada distrito provincial, ocupando cada distrito cuatro delegados del Consejo Superior.⁴⁴ Este punto era considerado vital por gran parte de los renovadores, al favorecer un vínculo más directo entre dirigentes y bases. Por último, se decidió la intervención del PJ de la provincia de Buenos Aires, y se designó a Luis Salim, un senador santiagueño, para dirigir la normalización. Se buscaba convocar a unas elecciones internas que renovaran las autoridades partidarias y pusieran fin a los enfrentamientos por el control del justicialismo bonaerense, en manos de Herminio Iglesias.

Respecto a la relación entre el sector político y el sindical, el Congreso de Río Hondo logró obtener el apoyo de dos sectores importantes dentro del sindicalismo como lo eran el grupo de los 25 y la Comisión Nacional del Trabajo (CNT). El grupo de los 25, el segundo agrupamiento sindical en importancia dentro del peronismo después de las 62 organizaciones, era un grupo heterogéneo de dirigentes que buscaban una renovación dentro del sindicalismo peronista, tanto en sus métodos como en sus posiciones frente a la sociedad y al Estado.⁴⁵ Su principal enemigo era el uominismo miguelista, hegemónico dentro de las 62 organizaciones, y su aliado natural pasó a ser el sector renovador en el plano partidario. Tanto los renovadores como el grupo de los 25 rechazaban el control del partido ejercido por la rama sindical y compartían la idea de que los candidatos a los cargos partidarios debían ser elegidos por los afiliados.⁴⁶ Este último punto buscaba oponerse al denominado *tercio sindical* reivindicado por las 62 organizaciones, según el cual la rama sindical del peronismo tenía el derecho de nominar a la tercera parte de los candidatos a cargos partidarios. Los miembros de la CNT, en cuyas filas se destacaban dirigentes como Jorge Triaca del gremio de los plásticos, se unieron a los renovadores persiguiendo un objetivo más coyuntural: minar la posición hegemónica de las 62 organizaciones dentro del sindicalismo peronista.⁴⁷

El apoyo de los 25 al Congreso de Río Hondo promovió el nombramiento de uno de sus máximos referentes, Roberto García, como vicepresidente del partido, y de Roberto Navarro como secretario de seguridad social, mientras que de la CNT fueron nombrados Delfor Giménez como secretario gremial y Alberto Guibaudó como secretario de acción social. Por el lado de las 62 organizaciones, si bien su falta de

⁴⁴ Norberto Ivancich, “La larga marcha...”, cit.

⁴⁵ Héctor Palomino, *Argentina: dilemas y perspectivas del movimiento sindical*, cit., p. 99.

⁴⁶ Ricardo Gutiérrez, “Desindicalización y cambio...”, cit.

⁴⁷ María Teresa Brachetta, *La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los '80*, Proyecto SECYT, UNCuyo- Mendoza, 2007.

normalización conforme a la ley de reordenamiento sindical fue el motivo explícito por el cual no se las sumó a la dirección del consejo surgido en Río Hondo,⁴⁸ quedaba claro que la presencia hegemónica del ouminismo miguelista no facilitaría su integración una vez normalizada. Se generó entonces una situación de doble comando dentro del justicialismo, con una conducción ortodoxa que buscaba impugnar judicialmente la validez legal del congreso renovador, y una nueva conducción surgida de Río Hondo.

Pese al éxito del denominado *Congreso Renovador*, la unión de los distintos sectores que confluyeron en Río Hondo comenzó a revelarse frágil, y rápidamente las posiciones que buscaban la conciliación dentro del peronismo pasaron a tomar fuerza. Una serie de elementos fueron aislando a dirigentes como Cafiero, Britos, De la Sota y García, que buscaban mantener la confrontación contra la ortodoxia, al tiempo que ganaban terreno quienes perseguían la unidad del PJ (Saadi, Julio Romero y Triaca, entre otros). Uno de los factores que pueden explicar este cambio es la gran heterogeneidad de ideas e intenciones reunidas en Santiago del Estero. La cohesión alcanzada para oponerse a la ortodoxia comenzó a resquebrajarse a la hora de ensamblar un proyecto común, como bien lo resume Norberto Ivancich: “...existían casi tantos grados de renovación e intenciones de democratización como gobernadores o jefes provinciales hay”.⁴⁹

A su vez, varias de las decisiones tomadas en Río Hondo, y vividas como triunfos por parte de los renovadores, comenzaron a caer en el vacío, en parte gracias a la incapacidad de los renovadores, pero también debido a los reflejos de la ortodoxia. Dos claros ejemplos en este sentido fueron la intervención a la provincia de Bs. As. y el apoyo de los agrupamientos sindicales –el grupo de los 25 y la CNT- a la conducción liderada por Oraldo Britos. Salim, quién había sido nombrado interventor con el expreso objetivo de convocar a elecciones internas en la provincia en un plazo no mayor a 150 días, rápidamente cambió su perfil y se presentó como mediador entre las facciones en pugna.⁵⁰ Las negociaciones que mantuvo con Herminio Iglesias fueron estirando cualquier tipo de resolución sobre las autoridades partidarias en la provincia bonaerense, que continuarían por un años más en manos del herminismo. En cuanto al apoyo del sindicalismo a la dirección de Río Hondo, en abril de 1985, la CNT se integra a las 62 organizaciones ya normalizadas, dejando aislado al grupo de los 25 y suspendiendo toda

⁴⁸ Clarín 13/2/1985.

⁴⁹ Norberto Ivancich, “La larga marcha...”, cit.

⁵⁰ Clarín, 8/2/1985.

posibilidad de crear un sostenido apoyo sindical a la fuerza renovadora que se encuentre en condiciones de disputarle la hegemonía en este rubro a la dirigencia ortodoxa.

Estos elementos, sumados a la predisposición mostrada por figuras como Vernet y Lorenzo Miguel de acercar posiciones para evitar la división del partido, y a la necesidad del peronismo de mostrarse fuerte para enfrentar las elecciones legislativas de octubre, derivaron en la convocatoria a un nuevo congreso celebrado el 6 de julio en Santa Rosa, provincia de La Pampa. El nombre de *congreso de la unidad*, como se lo conoció en aquel entonces, no reflejaba lo que realmente sucedió en la ciudad pampeana, donde la ortodoxia partidaria logró retomar el control del partido, sumando a sus filas a figuras como Vicente Saadi, padre del entonces gobernador de Catamarca y nombrado vicepresidente primero del PJ; Jorge Triaca, dirigente sindical que había liderado la conciliadora CGT Azopardo, como vicepresidente segundo; Alberto Rodríguez Saá, hermano del gobernador de San Luis que hasta entonces se había mantenido al margen de la disputa por el control partidario, como vicepresidente tercero; y Luis Salim como secretario político. También fue elegido Herminio Iglesias como secretario general mientras que al frente de la presidencia del partido continuó Isabel Perón. Los renovadores quedaron aislados e inclusive sus principales referentes abandonarán la provincia antes de que se reúna el congreso.⁵¹ Nombrados Herminio Iglesias y el ex interventor de la provincia de Buenos Aires como parte del nuevo consejo partidario, la intervención se da por finalizada, y las elecciones internas fijadas para fines de agosto quedan anuladas.

La consecuencia más importante del Congreso de Santa Rosa es el desprendimiento del PJ por parte de los renovadores de cara a las elecciones legislativas de noviembre. La conducción surgida en Santa Rosa se presentó bajo el nombre Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), mientras que los renovadores se presentaron como Frente Renovador Justicia, Democracia y Participación (FREJUDEPA) en la provincia de Buenos Aires y en los demás distritos donde habían accedido a la conducción partidaria vía elecciones internas como era el caso de Capital Federal. Por último, como Partido Justicialista se denominaron gran parte de los gobernadores peronistas que no se integraron al FREJULI.

El gran ganador de la elección fue la UCR, que mantuvo su caudal electoral obteniendo un 43% de los votos para diputados nacionales, y obteniendo 63 de las 127

⁵¹ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., p. 193.

bancas para diputados nacionales disponibles. Si bien este triunfo parecía confirmar el liderazgo del alfonsinismo, no logró alcanzar la ansiada mayoría parlamentaria, y el peronismo en su conjunto mantendría su poder en la Cámara Baja.⁵² A nivel nacional, El FREJULI obtuvo el 16% de los votos (21 bancas), mientras que el Partido Justicialista consiguió poco menos del 8% del electorado (15 bancas). Los renovadores nucleados en el FREJUDEPA con Cafiero como primer candidato a diputado nacional por Buenos Aires lograron obtener cerca de un millón y medio de votos (26% del electorado provincial) lo que los colocó como el partido escolta de la UCR (41%) en la provincia y les permitió acceder a 11 bancas de diputados. En este mismo distrito, el FREJULI comandado por Herminio Iglesias, obtuvo sólo medio millón de votos, un tercio de los votos renovadores y consiguió apenas 3 bancas. Este resultado marcará, en gran medida, el comienzo de la curva descendente de la carrera política de Iglesias, quien al poco tiempo será marginado de la Secretaría General del Consejo Nacional Justicialista.

En la Capital Federal, donde los renovadores habían ganado la interna partidaria en agosto, el sector ligado a la ortodoxia -y comandado por quien había sido el representante de las 62 organizaciones en la interna, Julián Licastro- decide romper con el PJ y se presenta como Frente de Liberación, obteniendo cerca de 16.000 votos.⁵³ El PJ renovador de Capital Federal con Carlos Grosso como primer candidato a diputado logra conseguir casi 500.000 votos, accediendo a 4 de las 13 bancas disponibles.

Más allá de los triunfos de la Renovación sobre la ortodoxia en Buenos Aires y en Capital Federal, las elecciones de octubre mostraron a ambos sectores de la interna peronista lo necesario que resultaba integrar al bando opuesto bajo el propio liderazgo si se quería derrotar al radicalismo en las elecciones de 1987, donde se votarían la Renovación de los diputados nacionales y de las gobernaciones provinciales. La tensión resultante entre los intentos por sumar a los rivales intrapartidarios pero sin resignar espacios de poder que experimentarán tanto los renovadores como la conducción del partido, explica en gran medida las idas y vueltas constantes que se sucedieron durante 1986 y 1987. En el plano político extrapartidario, la Renovación comenzaba a asumir el rol de representación del peronismo pese a los intentos iniciales de Alfonsín que

⁵² Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea...*, cit., p. 176.

⁵³ Norberto Ivancich, "La larga marcha...", cit.

buscaban establecer a los ortodoxos como interlocutores válidos, previendo una dura competencia electoral con los renovadores.⁵⁴

El triunfo alcanzado por los renovadores también mostraba de forma incipiente la posibilidad que tenían los dirigentes políticos de emanciparse del financiamiento sindical, vital durante la campaña de 1983. Ahora la rama política del justicialismo podía acceder a importantes recursos estatales mediante los cargos ejecutivos -gubernaciones, intendencias- y legislativos -como senadores, diputados, concejales- que comenzaron a ocupar a partir de 1983. Esta transformación, estudiada en profundidad por Steven Levitsky, posibilitaba una mecánica en la cual los "...punteros locales, que antes se dirigían a los sindicatos en busca de recursos, se volvían ahora hacia los funcionarios del PJ y creaban con éstos alianzas llamadas 'agrupaciones', cuya base principal era el patronazgo."⁵⁵ En la tesis de Levitsky, el acceso a los recursos estatales no es el único factor que permite a la dirigencia cambiar la base sindical por una red de relaciones de tipo clientelar, sino fundamentalmente la alta flexibilidad de un partido que desde sus orígenes mantuvo como característica distintiva una escasa rutinización de sus normas y procedimientos. La continua contracción de la clase obrera sumada a una dirigencia sindical públicamente cuestionada, a la posibilidad de acceso a recursos estatales por parte de los políticos del partido y a una débil incorporación de normas que establezcan reglas en la relación de los sindicatos con el partido, posibilitaron una rápida transformación dentro del PJ, convirtiéndolo en un partido con una importante red clientelista. A la postre, estos cambios permitirán la implementación de políticas neoliberales del menemismo en un partido tradicionalmente estatista e intervencionista. Las elecciones de 1985, tímidamente, comenzaron desandar este sendero, aunque todavía en ese entonces resultaba lejana la posibilidad de conformar una fuerza de alcance nacional capaz de disputar el predominio del alfonsinismo. En esa construcción comenzarán los renovadores a volcar sus esfuerzos una vez probada su capacidad electoral frente a *los mariscales de la derrota*.

⁵⁴ Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina...*, cit., p. 272.

⁵⁵ Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo...*, cit. p. 150.

2.4 La consolidación de la Renovación y el origen de sus internas

El 21 de diciembre de 1985 en Parque Norte los renovadores nombraron una conducción referencial tripartita compuesta por Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem. En esta misma reunión hicieron público el documento fundacional de lo que hasta entonces era una corriente política dentro del justicialismo, titulado “La Renovación Peronista. Un proyecto y una voluntad para transformar la Argentina”.

Este documento es testigo de un cambio de objetivos dentro del grupo renovador. El desafío central ya no estará puesto dentro del partido, sino fuera de él, en la figura del entonces presidente Raúl Alfonsín. El 1 de diciembre de ese mismo año, Alfonsín había pronunciado ante el plenario de la UCR uno de los discursos más memorables de su gestión, conocido como el discurso de “Parque Norte”. Allí el entonces presidente llamaba a una convergencia democrática que, como destaca Aboy Carlés,⁵⁶ buscaba dos tipos de acuerdos, no del todo diferenciados en el propio discurso. Por un lado, un “pacto democrático” que fijara las reglas de juego dentro de la institucionalidad propia de la democracia. Por el otro, un “proyecto de país” sustentado en tres pilares: democracia participativa, ética de la solidaridad y modernización. Emilio de Ipola, partícipe en el armado conceptual del discurso, denomina *pacto de garantías* y *pacto de transformación* a estos dos planos del discurso de Parque Norte,⁵⁷ y acuerda con Aboy Carlés al destacar lo fusionados que se encontraban ambas dimensiones en Parque Norte. Esta confusión, según de Ipola, respondía a una premisa tácita que circulaba en el entorno presidencial, según la cual “el gobierno debía poner en marcha indisolublemente la transformación y tener éxitos claros en ella, para lograr su anhelada convergencia programática y así dar realidad al pacto de garantías.”⁵⁸

El documento fundacional de la Renovación, dado a conocer el 21 de diciembre, se presentaba como una clara respuesta frente a las posiciones esbozadas por Alfonsín en Parque Norte. En él se rescata la democracia, pero se busca dotarla de nuevos contenidos que, según los renovadores, se encontraban ausentes en el discurso del

⁵⁶ Gerardo Aboy Carlés, “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente...*, cit., pp. 46-47.

⁵⁷ Emilio de Ipola, “Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis en la Argentina)”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente...*, cit., p. 51.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 56.

presidente. Carlos Altamirano, al analizar el documento, destaca la contraposición entre democracia liberal o formal y democracia real o social, y apunta que el mensaje central del mismo consistía en que “La transformación (...) no podía ser liderada por un partido liberal y sin voluntad de lucha, como la UCR, sino por el peronismo, que contaba con credenciales históricas para la empresa”.⁵⁹ Leyendo el texto en la clave propuesta por Aboy Carlés y de Ipola, los renovadores aceptaban el pacto de garantías pero no así el de transformación que el alfonsinismo proponía.

En los primeros meses de 1986 se profundizó la consolidación de la Renovación. Se sumaron a la conducción tripartita del espacio renovador, en calidad de secretarios, los diputados José Luis Manzano (Mendoza), José Manuel de la Sota (Córdoba) y Orlado Britos (San Luis), y el secretario General de la Comisión de los 25, Roberto García.⁶⁰ El 3 de marzo la conducción renovadora realizó una reunión cumbre con la conducción del PJ -representada por Leónidas Saadi, Jorge Triaca y Alberto Rodríguez Saá- donde se acordó la normalización por el voto directo de los afiliados de los distritos intervenidos de Buenos Aires, Córdoba, Jujuy y Río Negro, y la implementación de un sistema de representación que contemple a las minorías.⁶¹ Era la apertura de un nuevo espacio de negociación entre los dos polos políticos del peronismo en el cual la Renovación parecía, de a poco, imponer sus propias reglas.

En el marco de este proceso de ordenamiento, la Renovación realizará un congreso en Parque Norte el 22 y 23 de marzo de 1986, que poseerá un doble perfil. Por un lado, este congreso marcará la consolidación de la Renovación, su delimitación en torno a una serie de dirigentes, y la aceptación de esta facción por parte de la conducción ortodoxa. Con ella comenzará a negociar las distintas soluciones para los distritos en condición irregular, ya sea por falta de elecciones internas o por encontrarse intervenidos. Por el otro lado, el Congreso de Parque Norte comienza a mostrar las primeras discrepancias dentro de la Renovación. Estos agrietamientos se irán profundizando con el correr del tiempo y girarán alrededor de dos problemas fundamentales: qué relación deben sostener los renovadores con la ortodoxia partidaria y quién será el candidato a presidente dentro del grupo renovador. Paulatinamente, la bipolaridad ortodoxos-renovadores que se había cristalizado durante 1985 fue reorganizándose en una nueva rivalidad cuyos polos estaban representados por Cafiero

⁵⁹ Carlos Altamirano, “‘La Lucha por la Idea’...”, cit., p. 67.

⁶⁰ Norberto Ivancich, “La larga marcha...”, cit.

⁶¹ Clarín, 4/3/1989.

y su círculo renovador más cercano -Carlos Grosso, Manuel De la Sota y José Luis Manzano- por un lado, y Menem, quién logrará sumar a buena parte de los ex-ortodoxos, por el otro. Un sector de la ortodoxia peronista, especialmente la representada por Lorenzo Miguel, se mantuvo expectante ante esta nueva división del justicialismo sin tomar partido hasta los últimos días de la interna. El año 1986 significó el comienzo de este reacomodamiento.

De forma incipiente, las diferencias entre los dos líderes de la Renovación pudieron apreciarse públicamente durante el primer acto de esta fuerza política en Plaza Once, Capital Federal, el 23 de mayo de 1986. Allí oficiaron de oradores los tres líderes renovadores. Grosso y Cafiero enunciaron discursos acordes a lo que ya era una posición habitual, criticando tanto al gobierno como a la ortodoxia del PJ. Menem, en cambio, ensayó un giro fuerte con su alocución en el cierre del acto. Las críticas que Menem asestó al oficialismo en su discurso buscaban "...romper su noviazgo con Alfonsín",⁶² ya que el entonces gobernador de la Rioja era uno de los peronistas que más cerca del presidente se había mostrado durante su gobierno. También viró su discurso cuando se refirió a la ortodoxia del partido. En este punto Menem recalcó la necesidad de unir al peronismo como meta principal, marcando una clara diferencia con sus compañeros dentro de la Renovación, que sólo accederían a un acuerdo si se establecía aceptando "un necesario recambio de concepción, de dirigentes y de metodologías"⁶³ por parte del peronismo ortodoxo.

Durante ese mismo mes, Menem comenzó a hacer pública su voluntad de ser candidato a Presidente para 1989,⁶⁴ y empezó a conformar una agrupación propia a nivel nacional que se denominó Federalismo y Liberación, Línea Nacional Rojo Punzón, con la que dio inicio a la construcción de su estructura política de cara a las elecciones presidenciales.⁶⁵ Con este mismo fin organizó para el 4, 5 y 6 de julio un "Encuentro Nacional de Renovadores Peronistas para Menem Presidente" en Cosquín, donde hizo los primeros acercamientos con figuras cercanas al herminismo como Luis Barrionuevo,⁶⁶ un dirigente sindical del rubro gastronómico que había ocupado el tercer lugar en la lista de diputados que encabezó Herminio Iglesias en las elecciones de 1985. Menem también fue acercándose a la ortodoxia que, pese a encontrarse en plena fase

⁶² Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., p. 211.

⁶³ Norberto Ivancich, "La larga marcha...", cit.

⁶⁴ Clarín, 2/3/1986.

⁶⁵ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., pp. 208-212.

⁶⁶ Daniel Olivera, *El Macho: José Luis Barrionuevo*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004, p. 155.

descendente, convocó a un nuevo congreso partidario en San Miguel de Tucumán para los días 3 y 4 de noviembre. Pese a la ausencia de los renovadores cercanos al cafierismo -sólo Grosso concurrió pero se retiró temprano-, Menem se presentó al encuentro y avaló a la nueva conducción, consiguiendo del congreso una reforma que juzgaba vital para acceder a la candidatura a la Presidencia de la Nación: se modificó la carta orgánica del partido definiendo la elección directa y por distrito único para la elección de la fórmula presidencial en 1988.

Para terminar de perfilar este viraje Menem decidió competir contra las listas renovadoras en las internas partidarias de Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos, ya sea mediante el desembarco de su propia línea interna Federalismo y Liberación o bien apoyando a los opositores de la Renovación. En Santa Fe, donde los comicios internos se realizaron el 19 de octubre, Menem avaló la lista encabezada por Vernet, otrora ortodoxo, frente a la de Raúl Carignano, que contaba con el apoyo de Cafiero y Grosso. El triunfo de Vernet fue un espaldarazo para Menem y terminó con las aspiraciones de Ítalo Luder -quién fue candidato a senador en la lista de Carignano- de acceder a una nueva candidatura presidencial.

En el caso de la provincia de Buenos Aires, Menem decidió presentarse a las internas del 16 de noviembre con su propia lista, Federalismo y Liberación. Si bien afirmaba apoyar la candidatura de Cafiero para la gobernación en las elecciones del año próximo, sus afirmaciones también marcaban su distanciamiento de la Renovación y su formulación de un nuevo proyecto político. En este sentido es sintomática su declaración ante un periodista del diario Clarín el 16 de noviembre de 1986, el mismo día en que se elegían los congresales que determinarían las autoridades partidarias bonaerenses: "...he dicho hasta el cansancio que está superado el proceso de la ortodoxia y el período de la renovación; no quiero ser referente de ninguno de los dos sino que pretendo serlo del justicialismo a secas."⁶⁷ Los resultados de las internas justicialistas en Buenos Aires dieron un amplio triunfo a la Renovación cafierista, que obtuvo un 64,2% de los votos y logró colocar 28 miembros en el consejo provisional justicialista. El menemismo, aliado con buena parte de los opositores a cafiero dentro de la provincia, también realizó una muy buena elección consiguiendo un 27,3% del electorado y ubicando cuatro consejeros partidarios, especialmente si se tiene en cuenta su reciente ingreso en Buenos Aires. El restante 8,5% de los votos corresponden a

⁶⁷ Clarín, 16/11/1986.

distintos candidatos independientes. El sector liderado por Herminio Iglesias, que impugnaba la legalidad de la elección, no se presentó a la misma.

Córdoba fue el último espacio de disputas dentro del peronismo en 1986. En las elecciones convocadas para el 15 de diciembre Menem y los renovadores nuevamente se encontraron apoyando listas enfrentadas. Se elegían convencionales constituyentes para reformar la constitución cordobesa, fundamentalmente para permitir la reelección del gobernador radical Eduardo Angeloz, y el peronismo se presentó con dos listas separadas: el Frente Renovador encabezado por José Manuel de la Sota por un lado, y la ortodoxia liderada por Alberto Serú García, y apoyada por Menem, por el otro. Los renovadores obtuvieron un claro triunfo que luego ratificarían en las internas partidarias celebradas en abril de 1987. Allí De la Sota se enfrentó al ortodoxo Bercovich Rodríguez y obtuvo un triunfo categórico con el 80% de los votos a su favor. Luego de esa elección la ortodoxia cordobesa se desarmará.

2.5 Las elecciones de 1987

Hasta mediados de 1987, el peronismo vivía las elecciones, en muchos casos, como elecciones internas. En gran medida porque buena parte de las elecciones eran de carácter interno, pero también porque cuando se enfrentaba al radicalismo, éste último solía ganarlas con facilidad frente a un peronismo cuyas facciones luchaban por los segundos puestos. Una de las variables que explicaba esta situación, como hemos visto antes, radicaba en un debilitado y dividido peronismo; la otra residía en un oficialismo con alta imagen positiva. El éxito en la estabilización de la economía logrado por el Plan Austral entre 1985 y 1986, junto a los avances en los juicios a los militares responsables del Terrorismo de Estado, resultaron claves para explicar el alto nivel de consenso experimentado por el gobierno hacia mediados de los '80 y su consolidación electoral durante esos años. Un hecho anecdótico, pero que revela este panorama, es el llamado a convocar, entre 1984 y 1985, un Tercer Movimiento Histórico por parte del radicalismo, en el cual se incluiría a los sectores más progresistas de un peronismo que

se encontraba en crisis. Inclusive algunos peronistas, como Raúl Matera y Ángel Robledo, se sumaron a este proyecto y llegaron a declarar la muerte del peronismo.⁶⁸

Este panorama comenzó a cambiar entre fines de 1986 y mediados de 1987, con el deterioro de la situación económica y los cambios en la política militar. El aumento de la inflación, que duplicó la del año anterior alcanzando un 175% anual en 1987, junto a un aumento del déficit público y una drástica disminución de las reservas del Banco central, repercutieron negativamente en una economía que nuevamente comenzaba a perder el rumbo. Los índices sociales tales como el desempleo, subempleo, pobreza e indigencia se vieron afectados de forma negativa por este contexto, alcanzando en 1987 sus peores cifras desde el retorno a la democracia.⁶⁹ El otro frente que también opacó el desempeño del gobierno fue la cuestión militar. En este terreno, luego del juicio y condena a las juntas militares vividas en el año 1985, y que tan de cerca fueron seguidos por la opinión pública, el gobierno se vio obligado a impulsar las primeras “Leyes de Perdón” para evitar tanto la extensión de los juicios a buena parte de los subordinados dentro de las fuerzas militares como una disputa con esos sectores que terminará en un enfrentamiento armado. Particularmente con la sanción de la Ley de Obediencia Debida en junio de 1987 se profundizará el clima de derrota en las políticas del gobierno en torno al juicio y castigo a los responsables de la represión ilegal durante la última dictadura,⁷⁰ debilitando uno de los flancos más fuertes del oficialismo hasta ese entonces.

El peronismo, por el contrario, llegaba a las elecciones de septiembre de 1987 habiendo superado buena parte de los problemas que afectaron su desempeño electoral en años anteriores. El avance de la Renovación, especialmente en determinados distritos como Buenos Aires, Mendoza y Córdoba, volvió a unir al peronismo alrededor de un candidato, permitiéndole encarar las elecciones con serias perspectivas de triunfo. Las líneas del cañerismo y el menemismo, que se habían perfilado como potenciales rivales en su mutua aspiración presidencial durante el año anterior, pondrán a un lado su competencia para buscar consolidar fuerzas en pos de derrotar al radicalismo en los distintos distritos.

En las elecciones del 6 de septiembre, la Renovación pudo comprobar sus posibilidades electorales, ya no sobre la ortodoxia partidaria, sino sobre el oficialismo.

⁶⁸ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., p. 200.

⁶⁹ Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX hasta la actualidad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, pág. 207.

⁷⁰ Marcos Novaro, pág. 181.

El peronismo en su conjunto logró obtener un 41% de los votos en la elección de diputados nacionales frente a un 37% de la UCR, alcanzando casi la mitad de las bancas en disputa -60 sobre un total de 127-. En el plano de las gobernaciones el justicialismo fue realmente contundente en sus triunfos sobre el radicalismo: apenas dos provincias fueron retenidas por esta última fuerza, mientras que el PJ triunfó en 17 sobre un total de 22. Córdoba fue una de las dos provincias donde la UCR logró alcanzar la gobernación y representó un revés para la Renovación Peronista ya que uno de sus representantes más destacados, Manuel de la Sota, perdió por unos 5 puntos porcentuales contra el radical Eduardo Angeloz.

El triunfo más resonante para la Renovación fue el de la provincia de Buenos Aires, un distrito que compone nada menos que un tercio de electorado nacional. Allí Cafiero logró consagrarse gobernador obteniendo unos 2,8 millones de votos, equivalentes al 46,5% de los votos emitidos. Esta victoria de la Renovación cafierista, posicionaba al nuevo gobernador bonaerense como el peronista con el cargo más trascendente dada la importancia del distrito, desplazando de ese lugar a otros gobernadores peronistas, entre ellos al reelecto gobernador por La Rioja, Carlos Menem. Si bien éste último había apoyado la candidatura de Cafiero, una vez conocidos los datos de la elección la competencia dentro de la interna justicialista se recrudeció, gracias a las aspiraciones de Menem a ser candidato presidencial y al nuevo lugar que ocupará Cafiero dentro del partido. Los carteles que aparecieron pegados en la ciudad porteña al día siguiente a la elección permitían apreciar esta tensión: “Ahora más que nunca unidos y con Menem”.⁷¹

2.6 La carrera hacia las internas. Del esplendor al fin de la Renovación.

Tras la elección de septiembre la Renovación encabezada por Cafiero pasó a liderar de hecho el aparato partidario del peronismo. En las formas, esta situación pasó a oficializarse el 8 de enero de 1988 durante una reunión de gobernadores en Mar del Plata, al confirmarse las nuevas autoridades partidarias. La Lista Unidad, que asumirá la

⁷¹ Norberto Ivancich, “La larga marcha...”, cit.

conducción del PJ el 9 de enero, estaba capitaneada por Cafiero como presidente y Menem como Vicepresidente. Las vicepresidencias 1° y 2°, ocupadas por Vernet y Roberto García respectivamente, exponían la solución encontrada al problema de la representación sindical: se incluyó en cargos casi idénticos a un representante de las 62 Organizaciones y a otro de grupo de los “25”. La Secretaría General y la Secretaría Política estaban ocupadas por otros dos representantes de la Renovación como lo eran Grosso y De la Sota.

Según apunta Gabriela Cerruti, esa reunión de gobernadores también sirvió para que tanto Cafiero como Menem dieran por tierra con los últimos intentos por conformar un acuerdo de unidad para las elecciones presidenciales capaz de evitar un enfrentamiento en internas partidarias.⁷² Ninguno de los dos gobernadores aceptaba la posibilidad de ceder el primer puesto en una posible fórmula presidencial que los incluya a ambos, y frente a esta situación, cafieristas y menemistas se volcaron de lleno a pautar la forma y fecha de las internas. Durante estas negociaciones, Menem supo blandir un argumento fuerte para obtener condiciones beneficiosas: si no se elegía sólo la fórmula presidencial en elecciones abiertas y tomando al país como distrito único, rompería con el partido y se presentaría por fuera del peronismo. Cafiero, en pleno ascenso político y en control del propio partido, consideró irrelevantes estas cuestiones y cedió ante la presión del riojano.

La primera dupla en hacerse pública fue la conformada por Menem-Duhalde, dada a conocer el 5 de mayo de 1988. Electo diputado por la provincia de Buenos Aires pocos meses antes, Eduardo Duhalde se había convertido en una de las figuras fuertes del peronismo en el sur del conurbano bonaerense gracias a la gestión como intendente de Lomas de Zamora durante los cuatro años anteriores. En ese entonces había sido uno de los primeros aliados importantes de Cafiero en la provincia,⁷³ pero esta relación se dañaría de modo irreparable durante las elecciones de septiembre 1987, cuando el líder de la Renovación le negó primero la candidatura a vicegobernador y luego el primer lugar en la lista de diputados. Duhalde, al ver como esos cargos eran ocupados por figuras que poco habían contribuido a la Renovación -Luis María Macaya acompañó en la fórmula a Cafiero e Ítalo Luder encabezó la lista de diputados-, decidió unirse a las filas del menemismo, aportando una fuerza clave en la provincia de Buenos Aires. La decisión de Menem de elegirlo como compañero de fórmula respondió, entre otras

⁷² Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit., pp. 228-230.

⁷³ Joaquín Morales Solá, *Asalto a la ilusión...*, cit., p. 83.

cuestiones, a los votos que podía recuperar en uno de los distritos más poblados del país y a la imagen de político renovador que poseía Duhalde. Esto último le servía a Menem para contrarrestar las acusaciones que recibía del cafierismo sobre la integración a su estructura bonaerense de figuras ligadas al herminismo.

Tres días después de que se conociera el candidato a Vicepresidente de Menem, Cafiero dio a conocer el suyo. Los aspirantes que se barajaban en los días previos al anuncio eran José María Vernet y José Manuel De la Sota. Carlos Grosso, otro posible candidato, había quedado descartado ya que su imagen era fuerte en Capital Federal, y se buscaba contrapesar la figura de Cafiero con un representante del interior. Vernet, además de ser un político con amplia representación en su Santa Fe natal, simbolizaba la reconciliación con buena parte de la ortodoxia, que estaría aceptando incorporarse al proyecto renovador. Lorenzo Miguel había hecho público su respaldo a esta posible fórmula destacando la importancia de respetar el lugar de cada sector dentro del partido. Pero el círculo de renovadores más cercanos a Cafiero, conocidos como *la banda*, se opuso diametralmente a Vernet, buscando mantener lo más lejos posible a Miguel y sus hombres. Integrada por Grosso, De la Sota, Manzano y García, *la banda* representaba la cara opuesta al miguelismo: sus dirigentes eran jóvenes de discurso progresista, que prácticamente no habían participado en el peronismo previo al '83. Su idea de Renovación del partido implicaba una Renovación de métodos, de discursos, pero sobre todo, de hombres. Como destaca Gabriela Cerruti, para ellos no se trataba de renovar el justicialismo, sino de refundarlo.⁷⁴ Cafiero, que durante su larga trayectoria en el peronismo había sido compañero de muchos de sus actuales rivales, valorizaba una unidad gobernada por la Renovación, aunque también era consciente de los problemas que esa solución le traería con sus colaboradores más cercanos. La presión de *la banda* terminó dando sus frutos, y Cafiero eligió a De la Sota como su acompañante. El cordobés le dio un perfil más homogéneo y coherente a la fórmula presidencial pero al elevado costo de perder el apoyo del sindicalismo uominista. El mismo día en que se anunciaba la fórmula, Miguel criticó al propio Cafiero por haber elegido a un candidato que, además de haber perdido en su propia provincia, rompía el equilibrio interno en el peronismo al establecer una fórmula completamente renovadora.⁷⁵ La respuesta de De la Sota no se hizo esperar, marcando que el Secretario General de la UOM podía mostrar su disconformidad “sin que nadie le tape la boca con el bombo” y “sin que nadie lo

⁷⁴ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit. p. 231.

⁷⁵ Clarín, 9/3/1988.

sancione por pensar diferente” gracias a la existencia de los renovadores.⁷⁶ Tres días después la UOM recogió el guante y, vía solicitada en los diarios, acusó a De la Sota de olvidar la gestión que, bajo su consentimiento, las 62 Organizaciones realizaron para que él fuera incluido como Diputado Nacional.⁷⁷

La apuesta de Cafiero al elegir un vicepresidente del riñón de la Renovación apuntaba al enfrentamiento con la fórmula del oficialismo, cuyos integrantes, Eduardo Angeloz y Juan Manuel Casella, ya eran de público conocimiento. En ese hipotético escenario, la dupla renovadora tendría asegurado el apoyo del peronismo y estaría en mejores condiciones de atraer al electorado independiente que una pareja con presencia ortodoxa. Sin embargo, esta decisión podría traer problemas en la interna partidaria, como ya vislumbraban los analistas políticos en aquel entonces.⁷⁸ En efecto, la designación de De la Sota y sus entredichos con Miguel le quitaron no sólo el apoyo de las 62 organizaciones, sino también el de gobernadores o dirigentes importantes, que, con otro representante en la fórmula, se hubieran volcado hacia Cafiero. Tales eran los casos, entre otros, del gobernador de Mendoza, Octavio Bordón, que pasó de ser un renovador más a declararse prescindente; de Jorge Busti, gobernador de Entre Ríos, que recién a último momento se mostró favorable a Cafiero; y del vicegobernador de Santa Fe, Antonio Vanrrell que al mostrar su apoyo a Menem contrapesó las modestas gestiones de Vernet a favor del renovador en la provincia. Inclusive en el Gran Buenos Aires, uno de los bastiones *a priori* más importantes del cafierismo, comenzaron a surgir intendentes menemistas, como fueron los casos de Alberto Pierri en la Matanza, Hugo Villaverde en Almirante Brown, Luis Colabianco en Magdalena, y Carlos Castro en Coronel Brandsen. Las gestiones de Duhalde fueron fundamentales para revertir la firme mayoría de Cafiero en esta zona, pero también fue importante el discurso que sostuvo Menem, dirigido directamente a las clases más bajas.⁷⁹ En este discurso, los culpables de la pobreza eran los impulsores de la *politiquería liberal*, que incluía tanto al oficialismo como a los renovadores.

Cafiero, por su parte, facilitó esta asimilación con el alfonsinismo al convertirse, desde la gobernación bonaerense, “...en el impulsor de la colaboración con el

⁷⁶ Clarín, 14/3/1988.

⁷⁷ Clarín, 17/3/1988.

⁷⁸ Dos días después de la oficialización de la precandidatura Cafiero-De la Sota, el periodista Ricardo Kirschbaum destaca el riesgo de perder la elección interna que corría la pareja renovadora al disipar el apoyo que las 62 Organizaciones ya habían garantizado a la posible fórmula Cafiero-Vernet. Ver Clarín 10/3/1988.

⁷⁹ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit. p. 241.

oficialismo...”⁸⁰ durante los primeros meses de 1988. Los acuerdos establecidos entre el oficialismo y el cañerismo giraron en torno a temas económicos, y más precisamente, a medidas muy poco populares como lo eran el aumento de impuestos a los sectores medios y el recorte de fondos nacionales para la provincia de Buenos Aires. Como destaca Joaquín Morales Solá, Cañero cristalizó una imagen de aliado de Alfonsín precisamente en sus aspectos menos simpáticos, en el marco de un proceso electoral interno en el que sólo votaban peronistas.⁸¹ Para peor, las medidas económicas del gobierno nacional no arrojaban resultados positivos, sino todo lo contrario. La Renovación cañerista había decidido cerrarse apostando a disputarle el espacio propio al alfonsinismo en un momento de crisis de ese mismo terreno.

Las elecciones internas del 8 de julio de 1988 dieron como triunfadora a la fórmula Menem-Duhalde, con el 52% de los votos. Altamirano resume de forma muy ilustrativa las causas del triunfo menemista cuando señala que “el proyecto ordenado en torno de definiciones ideológico-políticas atraía más a los militantes y a los sectores medios que a los sectores populares; que éstos se reconocían más en el discurso milagrero del Menem de entonces, que asumió la figura de quien no pertenecía al sistema político y llegaba para luchar en nombre de un peronismo plebeyo contra un peronismo de saco y corbata, ‘alfonsinizado’ o socialdemócrata; en fin, que los cuadros políticos jóvenes que acompañaban a Cañero irritaban a los dirigentes sindicales de los gremios fuertes, y que el apoyo que los renovadores recibían del grupo de los 25, en su papel de rama sindical de la corriente, no compensaba la hostilidad de las 62 Organizaciones”.⁸²

Esos escasos cuatro puntos porcentuales que separaban a los dos candidatos pusieron fin a la Renovación. Los integrantes de *la banda*, temiendo quedar expuestos al vacío en que caía su líder, procuraron pasarse al menemismo lo antes posible. Grosso aspiraba a ser intendente de Buenos Aires en 1989, y para lograrlo necesitaba el consentimiento de Menem ya que se trataba de un cargo designado por el presidente. José Luis Manzano, por su parte, pudo acercarse con facilidad al riojano gracias a los contactos que mantenía en la Cámara Baja con diputados menemistas, especialmente Eduardo Bauzá y Julio Corzo.⁸³ Esta primera desarticulación de la Renovación obligó al resto de sus miembros a seguir el mismo camino, poniendo fin al proyecto que había

⁸⁰ Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea...*, cit., p. 201.

⁸¹ Joaquín Morales Solá, *Asalto a la ilusión...*, cit. p. 86.

⁸² Carlos Altamirano, “La lucha por la idea...” p. 73

⁸³ Gabriela Cerruti, *El Jefe...*, cit. p. 257.

logrado oxigenar al peronismo durante los años de Alfonsín, y que ahora se hundía junto con el líder radical. La crisis del alfonsinismo, que era percibida como necesaria para el éxito renovador, terminará siendo también un elemento que arrastre a la Renovación al mismo fracaso que sufría el radicalismo entre 1988 y 1989.

2.7 Comentarios sobre la Renovación:

Definir o caracterizar a la Renovación Peronista con cierto grado de precisión resulta una tarea compleja. Marcos Novaro, consciente de esta dificultad, sostiene que la Renovación era una “heterogénea coalición de líderes que tenía dos elementos en común, el ser mejor vistos por el electorado que los ortodoxos y los sindicalistas, y el aspirar a crear un partido basado ya no en los gremios sino en estructuras territoriales.”⁸⁴ Novaro, inclusive, complejiza su propia caracterización, al destacar que el proceso de partidización territorial del PJ comenzó, paradójicamente, con Herminio Iglesias, responsable de la creación de la red de Unidades Básicas en la Provincia de Buenos Aires, sobre la cual luego se montarían los renovadores.

El término comenzó a utilizarse durante el primer año del gobierno radical para nombrar a quienes se oponían a la conducción peronista, culpable de la derrota del '83. Esta gran primera Renovación, que logró juntar a los más de 400 congresales necesarios para nombrar una nueva conducción partidaria, incluía, sin embargo, a figuras que rápidamente arreglarían sus diferencias con los ortodoxos y se sumarían a su ala, como fue el caso del gobernador de Catamarca, Vicente Saadi. Sólo un pequeño grupo de estos primeros renovadores continuará enfrentado a la ortodoxia, buscando organizarse en torno a la conducción tripartita de Cafiero, Grosso y Menem.

La figura de Menem ilustra algunos de los problemas que presenta la delimitación de la Renovación. Constituyó una pieza clave en los primeros años de la Renovación, no sólo por su oposición a la ortodoxia siendo un gobernador provincial, sino también por su discurso aggiornato al nuevo tiempo democrático y por sus actitudes de conciliación respecto al alfonsinismo, en franca disidencia con la dirigencia

⁸⁴ Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea...*, cit., p. 200.

justicialista. Si esto lo convertía en un renovador paradigmático, el cambio que experimentó su perfil a medida que aumentaba su enfrentamiento con Cafiero lo reconvirtieron en un anti-renovador. No sólo comenzó a acercarse a los dirigentes ortodoxos, con quienes estableció fuertes alianzas, sino que también modificó el tono de su discurso volviéndolo más ecléctico, apelando a la liberación nacional, al salarizado, a la virgen María y a la pena de muerte para narcotraficantes, entre otros. Decidió distanciarse tanto del presidente de la nación como de su contrincante en las internas. Hasta tal punto Menem efectivizó su transformación que en las internas de 1988 el adjetivo renovador sólo hacía referencia al cafiatismo. “A la Argentina no hay que renovarla, hay que liberarla” repetía el gobernador de la Rioja en aquel entonces, consciente de su propio alejamiento del espacio y del discurso renovador.

Este cambio abrupto en el perfil político del propio Menem, nos permite pensar que mientras participó de la causa renovadora, su interés radicaba más en obtener un provecho político a partir de un discurso aceptado socialmente que en emprender una verdadera transformación del peronismo acorde a los ideales democráticos en boga. Distinta pareciera ser la situación tanto de Cafiero como de *la banda*, aunque aquí cabe marcar otro tipo de divergencia referido al sentido que la Renovación tenía en uno u otro sujeto. Como mencionamos antes, Cafiero, que había mantenido estrechas relaciones con el vanguardismo en los '60, y que había sido asesor de la CGT durante buena parte de los '60 y comienzos de los '70, buscaba modificar esencialmente la forma en la cual se nominaban los candidatos dentro del partido. Poner fin a las digitaciones tras bambalinas comandadas por dirigentes poco representativos para instaurar un partido transparente y democrático, donde los representantes sean fiel expresión de las bases. Para *la banda*, la Renovación iba más allá de la instauración de reglas compartidas, e implicaba un necesario recambio dirigenal. Acercar posiciones con los ortodoxos representaba para ellos claudicar en su proyecto renovador. Este nuevo peronismo podía y debía prescindir de dirigentes cuyo discurso y práctica no se adecuaba a la propuesta renovadora y cualquier vínculo con ellos era considerado un perjuicio más que un provecho. Si bien podríamos decir que los miembros de *la banda* representaban el peronismo más fuertemente renovador, también es verdad que fueron los primeros en abandonar este espacio y pasarse al menemismo cuando Cafiero perdió las internas. Toda su apuesta por la Renovación fue desarticulada en muy poco tiempo, y saltaron sin demasiadas vacilaciones a engrosar un proyecto que compartía pocos puntos en común con la Renovación que antes habían defendido con extremo purismo.

El análisis de la revista *Unidos*, nos permitirá apreciar la forma particular que tomaron las discusiones sobre el peronismo en un grupo de intelectuales-militantes cercanos a la Renovación. Si bien esta revista se mantuvo independiente de cualquier facción partidaria, esta particularidad resulta ventajosa para nuestro interés, al permitir cierta distancia crítica, en la cual puedan proliferar opiniones en distintos sentidos, fomentando un escenario de debate del que podamos extraer los núcleos problemáticos fundamentales que presentaba la reestructuración del peronismo en los '80.

3. Análisis de la revista

3.1 La edición de la revista y el recorte propuesto

*Unidos*⁸⁵ vio la luz a comienzos de 1983. Inicialmente la idea de la revista era realizar ediciones bimensuales aunque las dificultades para cumplir con esos plazos llevarán a editar un promedio de 3 números por año. Con una extensión que rondaba las 100 páginas en sus primeros números, la revista llegó a editar ejemplares que superaban las 350, logrando imprimir unos 4000 ejemplares en su momento de mayor crecimiento. Su distribución transitaba caminos informales, sustentándose en la venta en algunos kioscos y librerías, y en las redes de militantes que fueron creciendo con la consolidación de la renovación.⁸⁶ El total de 23 números que serán publicados durante toda su existencia acompañarán el ciclo vital de la Renovación Peronista, llegando a su fin en 1991, dos años después que Menem triunfe en las internas del PJ.⁸⁷

Carlos “Chacho” Álvarez es el director de la revista desde sus inicios hasta 1989, momento en el que asume sus funciones como diputado nacional por el Partido Justicialista de la Capital Federal. Los últimos cuatro números de la revista, del 20 al 23, son dirigidos por Mario Wainfeld, hasta ese entonces secretario de redacción junto a Arturo Armada. Si bien el Consejo de Redacción va fluctuando durante los casi nueve años de vida de la revista, entre sus figuras más destacadas se encontraban Norberto Ivancich, Vicente Palermo, Salvador Ferla, Horacio Gonzales, Hugo Chumbita, Felipe Solá, Oscar Landi, Claudio Lozano, Cecilia Delpech, Mona Moncalvillo, Roberto Marafioti, Victor Pesce, Ernesto López y Pablo Bergel. José Pablo Feinman, Alvaro Abós, Nicolas Casullo y Artemio López, entre otros, participan con cierta regularidad en los artículos sin ser parte del staff permanente de la publicación.



⁸⁵ El nombre de la revista era acompañado en la portada con una célebre frase de Perón: “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”.

⁸⁶ María Teresa Brachetta, ‘*Refundar el peronismo*’ *La revista Unidos y el debate político ideológico en la transición democrática*, FLACSO, Mendoza, 2005, p. 49.

⁸⁷ Ver más información sobre los números editados por *Unidos* en la página 93 de este trabajo.

Al intentar ordenar el análisis de la revista nos hemos encontrado con un problema de difícil resolución: al poseer los números de *Unidos* una gran variedad de ejes temáticos, seguir un ordenamiento cronológico revisando cada número de la publicación nos presentaría el inconveniente de exponer por separado temas afines que se encuentren en números distintos. Esto resulta particularmente problemático en el caso de *Unidos*, ya que las discusiones en torno a problemas eje se encuentran dispersas temporalmente y, en gran medida, la riqueza del análisis proviene de contrastar los distintos enfoques en torno a una misma temática. Por el otro lado, una exposición netamente temática nos dificultaría apreciar el contexto temporal en el cual ese problema fue abordado. Dar cuenta de la coyuntura temporal resulta de vital importancia al abordar determinados ejes, ya que crea vínculos entre distintos temas de un mismo número.

La estrategia que hemos adoptado frente a esta situación ha consistido en priorizar un ordenamiento según ejes problemáticos pero respetando, dentro de lo posible, el orden temporal con que cada problema fue desplegado dentro de la publicación y buscando integrar el contexto al análisis de los artículos de la revista. Cabe aclarar que los temas ejes se encuentran fuertemente entrelazados y resulta difícil, además de poco útil, realizar un análisis aislado de cada uno de ellos sin buscar los puntos de vinculación y superposición que se establecen entre ellos. Asimismo, la reseña sobre la Renovación Peronista que antecede a estos párrafos debería servir para ubicar los cambios más generales del entorno político de *Unidos*. En esta segunda parte sólo se harán breves referencias a cuestiones que ya fueron expuestas anteriormente, buscando evitar de esta forma una reiteración innecesaria.



Siguiendo la concepción de identidad política de Aboy Carlés, en el primer capítulo nos centraremos en la construcción de una tradición particular dentro del peronismo que *Unidos* lleva a cabo en sus primeros cinco números. Es en esta primera etapa cuando *Unidos* busca establecer una identidad que, si bien esté inscripta dentro del paraguas peronista, se diferencie claramente de otros sectores también reivindicados como peronistas. La particularidad de temas tratados en este capítulo inicial -Perón y Montoneros- es que en ambos casos se trata de sujetos claramente ubicados en el pasado del peronismo, pero cuya constante reactualización y debate los convierte en elementos

claves a la hora de definir un perfil identitario para el grupo que se nuclea en torno a la revista.

El segundo capítulo ahonda en las discusiones que desde la publicación se sostienen con otros integrantes del peronismo, como lo eran la dirigencia que presidía el PJ durante los primeros años del alfonsinismo y el sindicalismo peronista. También se abordará una discusión, presente dentro del peronismo en aquel momento, centrada en la forma que éste debía adquirir en la incipiente democracia. Aquí la problemática gira en torno a las fuertes diferencias que sostiene el grupo con integrantes del mismo partido al que adhieren, replanteando no ya sólo la tradición y la identidad del peronismo, sino las posibilidades de construcción a futuro con estos sectores.

En el tercer capítulo, el eje estará puesto en la particular caracterización que *Unidos* hace respecto del alfonsinismo. Las tensiones que suscita en la publicación la definición de un proyecto con puntos en contacto pero con diferencias que parten inclusive de la identidad política de ambos, serán el centro de nuestro análisis.

En el cuarto y último capítulo abordaremos el análisis que *Unidos* teje sobre la Renovación Peronista. Las expectativas que el caferismo despierta en quienes conforman la revista no evita que *Unidos* realice una evaluación crítica de esta experiencia política, entablado acuerdos y diferencias también al interior de la publicación. Releer estos debates nos permitirá también entender los diferentes enfoques sobre la política y sobre el partido de quienes participan en *Unidos*.

3.2 Reescribiendo la tradición

3.2.1 Perón

La revista *Unidos* es una revista de intelectuales y militantes autoreferenciados como peronistas. No obstante, la amplitud de vertientes que conviven debajo de este gran paraguas que es el peronismo, nos obliga a afinar la mirada sobre qué clase de peronismo los identifica, y una de las formas de hacer esto es prestando atención al modo en el cual reivindican la figura de Perón.

El segundo número de la revista permite avanzar en esta cuestión. Impreso en julio de 1983, en vísperas de las elecciones de octubre, esta edición comienza con el último discurso pronunciado en Plaza de Mayo por Perón, el 12 de junio de 1974. Al coincidir el mes de impresión de la revista con el aniversario del fallecimiento de Perón, la elección de este discurso a modo de homenaje sirve para apreciar algunas cuestiones. Lo primero que se subraya es el tono conciliador que mantiene Perón durante la mayor parte del discurso, con frases como ‘El gobierno del pueblo es manso y tolerante...’ o ‘No queremos que nadie nos tema; queremos, en cambio, que nos comprendan’. La segunda cuestión a destacar es a quiénes marca Perón como los responsables de la difícil situación que atraviesa su gobierno: los sindicalistas y empresarios irresponsables por no querer cumplir el pacto social, y “...los que tiran desde la derecha y los que tiran desde la izquierda.” Este discurso de Perón se encuentra en franca sintonía con la imagen que *Unidos* busca rescatar del líder del movimiento: la de un político comprometido con la democracia, actuando como mediador entre sectores difícilmente reconciliables y responsables, en muchos casos, de la inestabilidad de su gobierno.

Este discurso va acompañado, en el mismo número de la revista, de un artículo escrito por Carlos Álvarez⁸⁸ en el cual ensaya un breve análisis de la tercera presidencia de Perón, en busca de claves que le permitan afrontar los problemas que se presentarán con el retorno de la democracia. Analiza la estrategia desplegada por Perón durante su

⁸⁸ Carlos A. Álvarez, “El tercer gobierno de Perón”, *Unidos* n° 2, julio de 1983.

presidencia y los roles jugados por los distintos sectores del movimiento, para comprender las razones del fracaso de las políticas empleadas por el presidente.

Para dar cuenta del plan de Perón, Álvarez se centra en sus discursos. De ellos extrae las ideas de *democracia integrada* y *pacto social*, que considera medulares en las políticas del ex presidente, mostrando que Perón tenía en aquel entonces una estrategia concreta frente a la crisis del momento. Su objetivo consistiría en el fortalecimiento tanto del Estado como de las organizaciones populares para combatir al capital monopólico internacional. Esta estrategia, según Álvarez, estaba siendo ejecutada con gran éxito ya que, al cabo de un año, se había logrado aumentar la participación de los salarios en el ingreso nacional y disminuir el desempleo, al tiempo que la inflación descendió, el excedente comercial aumentó notablemente, y creció la economía del país en su conjunto. Esta insistencia en la *democracia integrada* y en el *pacto social* permiten reinscribir la figura de Perón en la nueva revalorización de la democracia a la que *Unidos* adhiere.

La cita de los *discursos* de Perón en la revista sirve a *Unidos* para legitimar sus vínculos con el peronismo, terminando por convertirse en el recurso más destacado a lo largo de la publicación. Si bien es verdad que se mencionan ciertos éxitos de gestión, que suelen ser fundamentalmente económicos, éstos son enmarcados dentro de un proyecto ensamblado por *Unidos* esencialmente en base a la palabra de Perón, y relegando a un segundo plano otras facetas, como sus prácticas políticas, de las cuales se hace escasa mención. Incluso a la hora de destacar los motivos del fracaso del tercer gobierno peronista, las causas se encuentran por fuera del proyecto de Perón y de su implementación práctica, y son situadas en tres actores específicos: el sector empresarial, importantes sectores sindicales y la desviación guerrillera.

3.2.2 Montoneros

Uno de los puntos nodales en los primeros números de *Unidos* consiste en examinar la experiencia de la izquierda peronista durante los '70, y en especial la organización más numerosa y poderosa dentro de este mosaico de agrupaciones:

Montoneros. Cabe destacar que *Unidos* es una de las primeras publicaciones peronistas en realizar una lectura crítica de esta experiencia repasando temas que, dado el nuevo contexto de renovados valores democráticos, resultaban imprescindibles aunque difíciles de abordar.

Para analizar el modo en el cual revisan la experiencia de los grupos armados ubicados a la izquierda dentro del peronismo, tomamos dos artículos, que, en buena medida, reflejan la posición que comparten el resto de los artículos de *Unidos* que tocan el tema.

El primer artículo del que haré mención es el de Carlos Álvarez, “*El tercer gobierno de Perón*”, citado más arriba. Como habíamos dicho antes, él destaca el rol activo que tuvo la organización Montoneros en el fracaso del proyecto impulsado por Perón. Según Álvarez, Montoneros no supo comprender las consecuencias beneficiosas de las políticas del Presidente, y esa incomprensión les impidió brindarles el apoyo necesario para que terminaran por alcanzar el éxito que hacia comienzos de 1974 ya estaban insinuando. A los grupos guerrilleros Álvarez los acusa de caer en un infantilismo revolucionario que los llevaba a desplegar una violencia excesiva al servicio de la provocación y la desestabilización del gobierno. Si bien la situación de Montoneros durante la tercer presidencia de Perón es abordado brevemente, queda clara la visión crítica que tiene el autor sobre las políticas desplegadas en aquel entonces por la organización, al responsabilizarla de contribuir en el naufragio de un proyecto que hubiera resultado tanto beneficioso para el país en su conjunto como para la propia agrupación.

Otro de los artículos que intentará revisar críticamente la experiencia de Montoneros es uno escrito por Norberto Ivancich y Mario Wainfeld intitulado *El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros*, y que aparece fragmentado en tres números de la revista.⁸⁹ Como el mismo título lo indica, el eje del trabajo está puesto en el desempeño de la agrupación Montoneros en relación con el movimiento peronista.

En la primera parte del artículo se busca enmarcar la violencia de los grupos armados en los 60 y 70, tanto como un resultado de la situación política argentina post 55, como producto también de un fenómeno mundial, y del tercer mundo en particular. La alternancia entre gobiernos de facto y gobiernos surgidos de elecciones con el

⁸⁹ La primera parte del artículo aparece en el número 2 de *Unidos*, en julio de 1983. La segunda parte es presentada en el sexto número, en agosto de 1985, y en la siguiente entrega de *Unidos*, el doble número 7/8 de diciembre de 1985, aparece la tercer y última parte del trabajo.

peronismo proscrito, situaba a Montoneros dentro del conjunto de fuerzas que buscaban terminar con la opresión de las elites en connivencia con el capital extranjero. La de Montoneros era una de las tantas formas legítimas de encarar esa lucha. En otro artículo publicado en el cuarto número de *Unidos* Wainfeld profundiza este punto, al argumentar que “la violencia es indeseable. Es el último de los medios. Pero existe. A veces es necesaria y justa. Y, fundamentalmente no es necesario que toda violencia sea igual a otra.”⁹⁰ Este razonamiento buscaba contraponerse al sostenido por el propio Alfonsín según el cual toda violencia era igualmente repudiable y censurable, cayendo, según Wainfeld, en planteos que, al ser llevados a un nivel extremo, resultan *absurdos, ahistóricos y falsos*.

Volviendo al artículo de Ivancich y Wainfeld, la utilización de la violencia en forma legítima, no obstante, tiene un límite que los autores encuentran en el frustrado arribo de Perón a Ezeiza el 20 de junio de 1973. Ese hecho marca un punto de inflexión en la política de Montoneros, que pasa de luchar junto al pueblo y contra sus enemigos, a enfrentarse con grupos de poder dentro del mismo movimiento popular peronista. Para los autores, en la masacre de Ezeiza fueron los Montoneros quienes desataron el enfrentamiento con los organizadores del acto al querer ocupar violentamente los espacios cercanos al palco. Este intento de demostración de poder al interior del movimiento inaugura una nueva etapa en la cual Montoneros sitúa a sus enemigos dentro del peronismo, en especial determinados líderes sindicales y figuras cercanas a Perón, y que culmina en el enfrentamiento con el propio Perón. Este giro dentro de la política de Montoneros fue producto, según Wainfeld e Ivancich, del erróneo entendimiento de la realidad política por parte de la conducción de la agrupación y de su desmedida voluntad de poder. Si la utilización de la violencia como medio para intervenir en la política había sido legítima hasta ese entonces, con el triunfo del FREJULI en 1973 el peronismo había accedido al poder democráticamente, y todo acto de violencia era ahora no sólo ilegítimo, sino también perjudicial para el nuevo gobierno. Montoneros, persiguiendo una política cuyo único objetivo era su propio crecimiento en pos de alcanzar el poder total, adoptó una “actitud apologética de la violencia política, con el consiguiente desprecio por la utilización de otros medios”.⁹¹ Si bien la organización pudo utilizar el aparato de Estado para estimular el avance del

⁹⁰ Mario Wainfeld, “Hace diez años sabíamos soñar”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984.

⁹¹ Mario Wainfeld y Norberto Ivancich, “El gobierno peronista 1973/1976: los montoneros”, *Unidos* n° 2, julio de 1983, p. 78.

proceso de liberación y de cambio, prefirió usarlo como campo de batalla, forzando un enfrentamiento con los sectores del movimiento peronista comprometidos con el gobierno.

Para Wainfeld e Ivancich, Perón, lejos de forzar esta salida, habría buscado integrar a Montoneros dentro del gobierno otorgándole una cuota importante de poder y permitiéndole ser el ala izquierda dentro del movimiento. El accionar de Perón habría sido diametralmente diferente al que tendrá su sucesora, María Estela Martínez, en relación a la guerrilla en general y a Montoneros en particular. Un ejemplo en este sentido es el de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA). Si bien aclaran que las acciones de la AAA contra grupos de izquierda ya habían comenzado durante la presidencia de Perón, sostienen que su accionar era mínimo en ese momento, y recién con su esposa al frente del ejecutivo se desatará el terror paraestatal comandado por López Rega, con un proyecto político opuesto al de su antecesor. De hecho Perón no había buscado dejar como sus sucesores en el poder a su mujer y a su ministro de bienestar, sino que esto habría sucedido debido a que justo en el momento de su muerte la pugna de fuerzas de derecha y de izquierda dentro del gobierno favorecía circunstancialmente a los primeros. Inclusive el desfalleciente presidente habría intentado evitar esta sucesión, según estos autores, al proclamar “mi único heredero es el pueblo” en su último discurso público.

Otro punto destacado por Wainfeld e Ivancich es la separación entre la cúpula dirigente y las bases, al analizar las políticas elegidas por Montoneros durante el período 73-76. Como se ha dicho anteriormente, el intento de integrar a Montoneros dentro del gobierno impulsado por Perón no habría tenido éxito debido a la excesiva voluntad de poder, al uso desmedido de la violencia y al infantilismo revolucionario de la *conducción* de la organización. Gracias a la profundización de las prácticas verticalistas la cúpula dirigente de Montoneros aumentó su autonomía respecto de unas bases que, a medida que crecía el conflicto con el propio Perón, iban menguando en su adhesión a la organización. Sectores importantes de estas bases, disconformes con las políticas elegidas por sus dirigentes, decidieron romper con la organización, y en muchos casos surgieron nuevas agrupaciones como JP Lealtad, JUP lealtad y UES Leal. Al mismo tiempo, la conducción fue aumentando el perfil militar de la organización en detrimento de la política de masas, al punto tal que el retorno de Perón a Ezeiza resultó ser la última movilización masiva que logro efectuar la tendencia. La dura crítica a la conducción de Montoneros, no es entonces extensible a los militantes de base que acompañaron el

proyecto. Si bien Wainfeld e Ivancich afirman que estos militantes no repudiaban la violencia como instrumento político, también sostienen que la gran mayoría nunca la practicó, y rescatan la voluntad de participación, el espíritu de sacrificio y la solidaridad que caracterizó a ésta juventud, en contraste con el individualismo desmovilizante que domina en la década del '80.

Al momento de extraer las conclusiones sobre la experiencia montonera, Wainfeld e Ivancich no menguan en su tono crítico. El párrafo que cierra el último de los tres artículos aparecidos en la revista resulta esclarecedor:

...es imposible olvidar que [los montoneros] derramaron mucha sangre; que impulsaron a la muerte a militantes nobles, aunque ingenuos, y que sólo sirvió para crear un ejército no tan distinto al que asoló al país cuyo comandante -que desafió a Perón- se sentó a dialogar con Massera y hoy negocia con Herminio y Saadi.⁹²

Como queda reflejado en las últimas palabras antes citadas, la crítica a Montoneros no involucra solamente la condena a la experiencia histórica y a las decisiones tomadas en aquel entonces, sino que esta operando sobre las reconfiguraciones del peronismo en la década del '80. La crítica a Montoneros acusa a quienes fueron sus dirigentes y que, con la vuelta a la democracia, pretenden reposicionarse dentro del peronismo. También a quienes, como Herminio Iglesias y Vicente Saadi, los asisten en esa tarea.

José Pablo Feinmann, en un artículo publicado en el cuarto número de la revista, acuerda con la crítica a Montoneros de Ivancich y Wainfeld, respecto al momento de quiebre en la utilización de la violencia legítima:

Todo cambia cuando se toma el gobierno: en ese momento se produce una escisión. De ahí en adelante los grupos guerrilleros pasan a operar sin consenso popular, sin la estrategia del acceso de las mayorías al poder. Actúan con la soberbia infinita de considerarse los dueños de la ideología, sintiéndose un paso más delante de las masas.⁹³

Si bien en este punto todos los artículos de *Unidos* concuerdan, Feinman va más allá al caracterizar a la conducción de Montoneros, exclamando que “Videla y Firmenich son

⁹² Mario Wainfeld y Norberto Ivancich, “El gobierno peronista 1973/1976: los montoneros (tercera parte)”, *Unidos* n° 7/8, diciembre de 1985, p. 150.

⁹³ José Pablo Feinmann, “¿Adonde va el peronismo?”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984, p. 25.

lo mismo. Es el mismo proyecto: represivo, iluminista, minoritario y asesino. Con el mismo desprecio por el pueblo”.⁹⁴

La falta de autocrítica del propio partido peronista ante su desempeño en los '70 resultó clave, según Feinmann, para explicar el fracaso electoral de 1983. La reconfiguración ideológica se torna vital no sólo para crear un proyecto claro y con posibilidades de acceder al gobierno, sino también para evitar “una crisis de identidad que posibilita que sectores y personajes de muy distinto signo se den el lujo de decir que son peronistas, y hasta tengan a mano una justificación doctrinaria de su opción justicialista”.⁹⁵ Sobre esta cuestión avanzaremos en las próximas líneas.

⁹⁴ *Ibid*, p. 26.

⁹⁵ *Ibid*, p. 20.

3.3 La política interna del PJ

3.3.1 Contra la ortodoxia

Hay muchas cosas por las cuales debemos dar la cara: lo tenemos a Vilas, a Ottalagano e hicimos Ezeiza. ¿Qué clase de partido político somos?

*José Pablo Feinmann
Unidos n° 4, agosto de 1984*

Ni todos los peronistas son nuestros compañeros ni todos los compañeros están dentro del peronismo.

*Mario Wainfeld
Unidos n° 14, abril de 1987*

Hasta aquí hemos visto como *Unidos* analiza críticamente tanto a Perón como a Montoneros, dos sujetos que, en los '80, formaban parte del pasado del peronismo. En este apartado buscaremos percibir la forma en la cual *Unidos* caracteriza a quienes conducen el PJ desde la vuelta a la democracia. En este punto, el juego entre pasado y presente (entre construcción de una tradición, de una forma de ver el pasado, y las discusiones políticas inmediatas) se torna inescindible. En la disputa político ideológica que el grupo emprende contra una conducción que considera anacrónica y agotada, *Unidos* no sólo apelará a elementos del presente político del partido, sino también a explicaciones que ahondan en la historia del peronismo, construyendo su propia versión del pasado, su propia tradición.

En los dos primeros números de *Unidos*, previos a la elecciones de 1983, la revista no aborda un análisis profundo de la situación del Partido Justicialista. Apenas Arturo Armada hace un escaso comentario en el segundo número de julio de 1983,⁹⁶ donde destaca la madurez y el orden en el cual el peronismo transita su reorganización,

⁹⁶ Arturo Armada, "Crónica de los últimos 60 días", *Unidos* n° 2, julio de 1983, p. 20.

a partir del liderazgo unificador de Lorenzo Miguel. También Armada comenta allí la necesidad de elegir un candidato presidencial a partir de elecciones internas, ya que si se evitan, se estaría *debilitando la ya menguada democracia interna*.⁹⁷

Luego de las elecciones de 1983, en las cuales el peronismo resulta sorprendentemente derrotado, el análisis sobre la dirigencia del PJ se vuelve un eje central de la publicación. La necesidad de fuertes cambios dentro del partido, y especialmente de sus más altos dirigentes, es tópico recurrente dentro de la revista. Un claro ejemplo en este sentido resulta el primer artículo del primer ejemplar que ve la luz después del triunfo radical, escrito por Carlos Álvarez titulado “El Peronismo se transforma o se muere”.⁹⁸ El primer párrafo condensa la idea general del texto:

*Actualización doctrinaria, renovación dirigencial, cambios metodológicos, son los planteos que sintetizan la necesidad de modificar la situación actual del peronismo.*⁹⁹

Se impone renovar una dirigencia, que, además de incurrir en prácticas repudiadas por *Unidos*, resulta *plebeya y arcaica*; “emanación de un país inexistente, un peronismo de cartón piedra”.¹⁰⁰ Arturo Armada especifica con nombres propios a los destinatarios:

*un justicialismo donde sigan descollando en la cumbre ciertos personajes del pasado como Herminio, Lorenzo, Saadi o Matera, no cambiará su destino al reemplazar la ‘conducción silenciosa’ de Isabel por la del indefinido Ítalo Luder. Con aquella o con éste, sin renovación de métodos, hombres y propuestas, el movimiento más importante de nuestra historia está condenado a su lenta autodestrucción.*¹⁰¹

Las críticas no sólo giran en torno a la derrota electoral de 1983 y a las prácticas violentas del congreso celebrado en el teatro Odeón a finales de 1984, sino también al desempeño como opositor que este peronismo estaba poniendo en práctica. El rechazo a aprobar la firma del Tratado con Chile por los diputados justicialistas a fines de 1984, y por los senadores del partido en marzo de 1985, será impugnado por *Unidos*, en vistas a que el plebiscito de noviembre de 1984 había mostrado que una amplísima mayoría

⁹⁷ *Ibid*, p. 22.

⁹⁸ Carlos Álvarez, “El peronismo se transforma o se muere”, *Unidos* n° 3, agosto de 1984.

⁹⁹ Carlos Álvarez, *op. cit.*, pág. 4.

¹⁰⁰ Alvaro Abos, “De lo plebeyo a lo social”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984, p. 64.

¹⁰¹ Arturo Armada, “Río Hondo: bueno para el reuma, no para el cáncer”, *Unidos* n° 5, abril de 1985, p. 21.

estaba de acuerdo con la firma de la propuesta papal. Además, quienes apoyaron a los diputados y senadores peronistas fueron militares como Isaac Rojas, Harguindeguy, Bussi, Bignone y Reston, entre otros.¹⁰² También los artículos de *Unidos* reflejan su rechazo a la oposición mostrada por el peronismo frente a políticas impulsadas por el oficialismo como la igualdad de derechos de los hijos extramatrimoniales, la reestructuración militar y el impuesto a la tierra libre de mejoras, apelando a criterios de “Familia, Tradición y Propiedad”.¹⁰³

La necesidad de cambios dentro del peronismo, y la crítica hacia la dirigencia que contiene en su interior, son reforzadas por la reconstrucción de la experiencia peronista que realiza Álvarez en el artículo citado más arriba.¹⁰⁴ Según lo expresa allí, la dirigencia ortodoxa carece de un proyecto político que posea la voluntad transformadora que contenía cuando Perón era el líder. Este problema, sin embargo, ya estaba presente, aunque en forma latente, en vida del propio Perón. En aquel entonces, según Álvarez, excluyendo al vandomismo y a Montoneros, “las restantes fuerzas y dirigentes que componían el peronismo, disputaban un poder que no suponía otra dimensión que beneficiarse con la intermediación en el espacio político que generaba la relación entre la jefatura y el pueblo”.¹⁰⁵ Así, la burocracia se limitaba a ejecutar las indicaciones de Perón de forma poco escrupulosa y con una clara voluntad de poder entre sus miembros, pero que resultaban canalizados por la conducción del líder hacia la concreción de un proyecto trascendente que contenía objetivos puros y consensuados con el pueblo. Con la muerte de Perón, esta burocracia preservó sus formas pero sin una conducción que la guiara en pos del objetivo trascendente. La política se tornó mero medio para asegurar una cuota de poder y preservarla, y la doctrina fue convertida en un dogma congelado en el cual “las ideas pasan a formar parte de una astucia de poder”.¹⁰⁶ Esta crítica hacia la circunstancial conducción del partido se transforma, entonces, en una crítica hacia el conjunto del partido, del cual sólo resulta indemne el propio Perón.

El remedio propuesto por Álvarez para superar este estancamiento dirigencial e ideológico del peronismo, requiere cambios profundos: recrear una “nueva estructura de poder y un nuevo sistema de poder”. Para lograrlo se debe permitir la disputa de agrupamientos al interior del peronismo, en base a propuestas diferenciadas y a formas

¹⁰² *Ibid*, p. 15.

¹⁰³ *Ibid*, p. 9.

¹⁰⁴ Carlos Álvarez, “El peronismo se transforma o se muere” cit.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 21

¹⁰⁶ *Ibid.*, pág. 21.

distintas de concebir el peronismo, siempre respetando reglas de juego compartidas y dirimiendo las diferencias de forma democrática. Es un plan que no busca una síntesis mediadora dentro del partido, pero tampoco persigue una ruptura. Se busca mantener a la dirigencia ortodoxa subordinada dentro un proyecto renovado. Álvarez va inclusive más allá, y propone que el sujeto responsable de encarnar este nuevo proyecto debe ser una militancia joven con contacto directo con las bases del peronismo. Esta nueva generación de militantes debe por un lado disputar la conducción del partido a la vieja burocracia, pero por el otro debe también guiar a *un pueblo peronista que existe y está ahí, desesperanzado e inactivo, que no tiene opción, ni línea, ni táctica, ni estrategia, ni para la semana que viene.*

Las diferencias del grupo *Unidos* con la conducción del PJ continuará deteriorándose con los números subsiguientes, comenzando a plantearse la disyuntiva en el interior del grupo respecto a la conveniencia de permanecer dentro del partido. Este debate es uno de los más profundos y conflictivos que la revista emprende y se concentra en sus primeros números. A grandes rasgos, las dos posturas que se enfrentan concluyen en opciones bien diferentes: quedarse en el partido a pelear desde adentro por una transformación profunda, o irse a formar un nuevo proyecto político, buscando vaciar y deslegitimar a un PJ que se tornaba extremadamente difícil de renovar. Los vaivenes en la relación de fuerza entre la ortodoxia y la Renovación serán determinantes para entender la preeminencia de una u otra postura dentro del grupo.

Con el congreso renovador de Río Hondo y el reagrupamiento de fuerzas opositoras a la Renovación a comienzos de 1985, *Unidos* edita su quinto número titulado “Peronismo y sociedad: el abismo y los puentes”, en alusión a los puentes que se iban construyendo entre los renovadores frente al abismo en el cual se encontraba un peronismo comandado por los ortodoxos. Este número cuenta con 3 artículos escritos por referentes del naciente peronismo renovador, como lo son Carlos Menem, Carlos Grosso y Miguel Unamuno, y con una entrevista a José Manuel de la Sota, secretario general del Consejo Nacional elegido en Río Hondo e identificado con la Renovación cordobesa.

Este acercamiento entre *Unidos* y ciertos representantes de la Renovación se ve fuertemente comprometido en el siguiente número de la revista, cuyo título muestra el desencanto del grupo con la realidad que vive el partido: “Peronismo, ¿el fin?”. El denominado *congreso de la unidad peronista*, celebrado en La Pampa en julio de 1985, produjo en los miembros de *Unidos* la necesidad de distanciarse de un partido

nuevamente bajo la égida de la ortodoxia peronista. En este Congreso los renovadores quedan fragmentados, pasando una gran mayoría a apoyar una concertación con los sectores odeonistas;¹⁰⁷ y aquellos dirigentes que plantean una profunda renovación sufren el aislamiento dentro del partido. Este nuevo panorama motiva en el comienzo del quinto número -publicado en agosto- una extensa editorial donde cada uno de los integrantes de la publicación expone en pocos párrafos su visión frente al infructuoso intento de renovación. Mario Wainfeld logra sintetizar las opiniones del resto al escribir:

Lo peor del caso es que “ellos” también son peronistas. Los nefastos miembros de la nueva conducción son tan peronistas como Evita, Cooke, Carrillo, Jauretche, Taiana, Guillán, los “25” o quien el lector desee añadir. Basta de hablar de “infiltrados”, “desviaciones”, “copamientos” o “patologías”. Reconozcamos que el peronismo abarcó siempre prácticas y proyectos variados, hasta antagónicos. En vida de Perón eso no era tan grave. Pese a las contradicciones Perón conseguía que el movimiento alcanzara objetivos dignos y compatibles (...) Muerto el líder la diversidad devino inmanejable (...) No podemos seguir haciendo política con ellos. Tampoco debemos ni queremos. Con “ellos” no habrá síntesis ni debe haber acuerdo; sólo nos queda confrontar. ¿Desde adentro o afuera del PJ? Con tristeza (da pena resignar símbolos) digo que desde afuera.¹⁰⁸

La decisión de abandonar el partido no es, no obstante, unánime dentro del grupo. Arturo Armada¹⁰⁹ propone implementar una política de resistencia activa dentro del PJ que termine o bien mellando la conducción partidaria o bien forzando una ruptura. Su propuesta incluye la opción de votar en blanco o votar a otros partidos (Democracia Cristiana o PI) para las elecciones legislativas de octubre si los candidatos del PJ resultan digitados por la conducción de aquel momento.

En ese mismo número, Carlos Álvarez¹¹⁰ va más allá inclusive al tratar el problema de la posible ruptura con la conducción del partido, destacando que la “decadencia recorre la totalidad del cuerpo peronista, desvirtuando el mito de aquellos

¹⁰⁷ Se denomina “odeonistas” a quienes presidieron el Primer Congreso del PJ, reunido en diciembre de 1984 en el teatro Odeón de la ciudad de Buenos Aires. En este grupo se encuentran incluidos los dirigentes “ortodoxos” así como los “miguelistas”.

¹⁰⁸ Mario Wainfeld, “Editorial a varias voces”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985, pp. 6-7.

¹⁰⁹ Arturo Armada, “Hondeon de La Pampa: juntos somos menos”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985.

¹¹⁰ Carlos Álvarez, “Final abierto”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985.

que apelan a la integridad de las bases y ubican la crisis, exclusivamente, en el espacio dirigencial.” La crisis que atraviesa el peronismo no se resuelve, entonces, reemplazando a las cúpulas del partido. Chacho inclusive destaca que la elección de la conducción en Río Hondo fue legal y legítima siguiendo las *modalidades oportunistas* que imperan en un partido que se encuentra *vacío ideológicamente*. Lo que está en discusión en el peronismo no es la designación de tal o cual dirigente político, sino “la coexistencia de culturas políticas antagónicas, la vigencia o no de la idea de movimiento como dinámica y desarrollo de contradicciones que no encuentran un lugar de resolución, tal cual lo ocupara Perón”. En este punto nos interesa destacar que Álvarez no intenta romper sólo con una cúpula considerada ilegítima dentro del peronismo, sino que busca distanciarse de toda una corriente interna donde perviven “*ciertos valores de una cultura incapaz de poner al movimiento a la altura de las circunstancias*”. La crisis ha contaminado al partido y al movimiento.

Estos giros, donde se vinculan críticas puntuales al partido con críticas profundas a la identidad política peronista, no resultan aisladas durante los primeros números de la Revista. Como se ha destacado, la situación de crisis que vive el peronismo lleva al grupo a reflexionar sobre la conveniencia de permanecer o no dentro del peronismo, y en buena medida las respuestas a este problema serán perturbadas por una coyuntura que cambia constantemente, como las perspectivas de renovación dentro del PJ. A mediados de 1985, con una Renovación en crisis y una ortodoxia fortalecida en la conducción del partido, los miembros de *Unidos* no ocultan las críticas a la identidad peronista, visibles hasta en la portada de la revista; “*Peronismo: ¿el fin?*”. Este título es significativo ya que lo que pone en juego no es el fin del partido, o de determinada tendencia dentro del mismo, sino la propia identidad peronista, a la cual adscribe la revista. Con las elecciones de noviembre el panorama nuevamente cambia y con él la relación de *Unidos* con el peronismo. Ese reencuentro de *Unidos* con el peronismo será analizado más adelante; ahora nos encargaremos de otro punto en el cual se profundiza la visión crítica de la revista respecto al peronismo: sus organizaciones obreras.

3.3.2 *El sindicalismo peronista*

Nosotros no creemos que la clase obrera sea la que tenga la misión histórica de destruir al capitalismo dependiente. Por eso hablamos de pueblo.

*José Pablo Feinmann,
Unidos n° 4, agosto de 1984.*

Las críticas a un peronismo considerado fosilizado -donde los discursos no hacen más que repetir las *verdades congeladas* de una *doctrina mitológica* y donde reinan los arreglos cupulares entre dirigentes de vieja guardia- son acompañadas en el sexto número de la revista por una serie de artículos dedicados al sindicalismo peronista.

Es necesario destacar que en los cinco números anteriores, los artículos de *Unidos* hacen escasa mención sobre el sindicalismo peronista. En sólo unos pocos artículos aparece nombrado, y en ninguno de los casos es desarrollado como problema. En uno de estos artículos, el de Carlos Álvarez citado anteriormente,¹¹¹ la ausencia se torna llamativa ya que el autor dedica doce páginas al análisis de la tercera presidencia de Perón, y apenas dedica escasos reglones al problema de las organizaciones obreras:

El movimiento obrero organizado jerarquiza lo reivindicativo por sobre lo político, haciendo hincapié en las demandas salariales más que en la acción político-social.”...“Sectorialmente se lo visualizó [al pacto social] más como un fin que como un procedimiento, de allí el sabotaje de la parte empresarial, y el cuestionamiento del sector sindical.

En otro artículo del mismo número, Arturo Armada, también hace una breve referencia a la cuestión del sindicalismo peronista. En un texto donde intenta pasar revista al desarrollo de las campañas electorales de los dos mayores competidores en las elecciones presidenciales, el PJ y la UCR, Armada desmiente las acusaciones de Alfonsín sobre la verticalidad antidemocrática dentro del sindicalismo peronista y sobre el pacto militar-sindical que ciertas figuras del peronismo (especialmente Lorenzo Miguel) habrían establecido con el gobierno de la dictadura en descomposición. Armada

¹¹¹ Carlos A. Álvarez, “El tercer gobierno de Perón”, *Unidos* n° 2, julio de 1983.

argumenta que son falsas acusaciones, propias de la tradición antiperonista que identifica al peronismo con el autoritarismo, inclusive con el totalitarismo, sin ningún fundamento, y que “la democratización sindical y el ejercicio necesario de la confrontación de los dirigentes con sus bases no es asunto de quienes, como dirigentes políticos de un partido de sectores medios, estudiantiles, profesionales, industriales y estancieros bonaerenses, utilizan una verdad parcializada para calificar al movimiento de liberación como ‘fascismo’ o ‘totalitarismo’.”¹¹² Inclusive va un paso más allá, y sostiene que “el Movimiento Peronista transita con suficiente madurez y armonía el camino de la reorganización”¹¹³ debido en esencia a que un sector autodenominado verticalismo ha logrado a través de sus estructuras orgánicas (partido, las 62 organizaciones y CGT Brasil) consolidar a un referente (Lorenzo Miguel) para evitar o superar desencuentros o luchas estériles.

Este artículo nos permite apreciar dos cuestiones. Por un lado, que Armada no deja de aceptar que el peronismo debe reorganizarse y que debe democratizarse durante este proceso, compartiendo los mismos valores de quienes critican al peronismo, aunque no comparta las críticas. Por el otro lado, en esta intervención puede verse cómo, frente a un proceso electoral inminente, la revista cierra filas frente a las críticas provenientes por fuera del peronismo, apostando a la solución desde adentro, y priorizando al partido por sobre las disidencias internas.

La ausencia de la cuestión del sindicalismo en estos primeros números resulta llamativa dado el peso que éste tenía sobre la dirigencia peronista “ortodoxa”. En el extenso artículo de Álvarez antes citado, apenas sobre el final se hace una mención a la cuestión del sindicalismo:

Es imprescindible entablar un debate profundo sobre la relación entre la institución social hegemónica (CGT) y el Peronismo, en el marco doctrinario de considerar a los trabajadores como columna vertebral del Movimiento. En este sentido es importante revalorizar las agrupaciones políticas en los sindicatos, para reconstruir las 62 Organizaciones como sector político democrático participativo que permita encuadrar en el movimiento a las nuevas generaciones

¹¹² Armada, Arturo, *op. cit.*, pág. 19.

¹¹³ Armada, Arturo, *op. cit.*, pág. 20.

*de trabajadores y ayudar a reconstruir el poder y la organización interna del peronismo.*¹¹⁴

La cita muestra que el tema del sindicalismo estaba presente en quienes escribían en la revista, pero por algún motivo no decidieron abordarlo como problema en estos números. Una hipótesis que explique esta decisión podría ser que *Unidos* no deseaba sumar más enemigos en su disputa al interior del peronismo, buscando moverse con suma cautela a la hora de delimitar a sus rivales y a sus posibles aliados para no quedar aislados dentro del partido. Dada la particular coyuntura política de los primeros años de democracia, tratar en profundidad el tema del sindicalismo peronista y de su relación con el partido, hubiera significado marcar disidencias y críticas más que acuerdos y aprobaciones, como lo permiten ver los escasos comentarios al respecto aparecidos en unos pocos artículos. Esto hubiera llevado a dividir aguas entre estos grupos renovadores y determinados sectores del sindicalismo peronista, con los cuales se buscaba más el reencauzamiento que el enfrentamiento.

Más allá de estas cuestiones, lo cierto es que el panorama cambia en los números 6 y 7/8. Este cambio coincide con la descomposición del polo renovador hacia mediados de 1985, momento en el que se desarrolla el Congreso de Santa Rosa. Allí se logra reconciliar a los sectores ortodoxos con buena parte de los renovadores, dejando relativamente aislados a los grupos como *Unidos*. En este nuevo panorama, la revista configura una visión crítica del sindicalismo peronista, y, esgrimiendo argumentos que refieren a la historia de este sector, construye un relato que utiliza como arma en la disputa política contra estos grupos y sus aliados políticos.

Uno de los artículos más claros en este sentido es el escrito por Julio Bárbaro para el sexto número de la revista, titulado “Peronismo y sindicalismo”.¹¹⁵ Oponiéndose a quienes sostienen que el sindicalismo debe ser el eje del Movimiento Peronista, Bárbaro sostiene que “priorizar el rol del sindicalismo sobre el Partido no es ser Movimientista, sino simple tributario de la idea del Partido Laborista que no sólo no es el Movimiento Nacional sino, por el contrario, es una de sus tantas negaciones.”¹¹⁶ Para legitimar esta posición el autor recurre al peronismo de Perón. Según Bárbaro, Vandor representaba una concepción en donde “la UOM era el eje del sindicalismo, éste la

¹¹⁴ Álvarez, Carlos, op. cit., pág. 37.

¹¹⁵ Julio Bárbaro, “Peronismo y sindicalismo”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985.

¹¹⁶ Bárbaro, Julio, op. cit., p. 150.

columna vertebral del peronismo y éste a su vez, el centro del país”.¹¹⁷ Este *clasismo burocrático* fue combatido y derrotado por el propio Perón, quien lo percibió como una deformación de su política. No obstante, habría logrado sobrevivir gracias a la muerte del general y a la supervivencia del aparato gremial, transformándose en la actualidad en la ideología predominante dentro del sindicalismo peronista. Es la oposición *Perón-peronismo auténtico vs. Vandor-deformación del peronismo* la que ayuda a Bárbaro a justificar porqué el sindicalismo no debe predominar por sobre el partido.

En otro artículo del mismo número de la revista, escrito por Roberto Audi,¹¹⁸ encontramos también una crítica al accionar del sindicalismo explicada a partir de su pasado reciente, aunque en este caso opera de forma diferente a la de Bárbaro. Si para este último la deformación del sindicalismo post dictadura era producto de una línea de continuidad con el vandorismo, para Audi estas anomalías son consecuencia de las transformaciones operadas durante la última dictadura militar, producto de la claudicación de algunos dirigentes:

*En aquellos años, hombres del sindicalismo se encumbraron como una ‘elite purificadora’ para dar un nuevo perfil al movimiento obrero. Inscriptos en los postulados del proceso, aquellos dirigentes propiciaron el ‘profesionalismo’, en aras de una situación de privilegio que los haría sobrevivir hasta el presente.*¹¹⁹

Las diferencias entre estas dos posiciones, a pesar de no ser del todo incompatibles, llevan a conclusiones distintas sobre la forma de resolver los problemas que presenta el sindicalismo. Mientras que para Audi la solución estriba en cambiar la dirigencia del sindicalismo por una que no esté “deformada”, una que tenga un proyecto de transformación de la realidad en que se encuentran los trabajadores; para Bárbaro no alcanzaría con modificar el proyecto de los sectores gremiales, sino que habría que redefinir la relación entre la rama sindical y el propio partido en la conducción del peronismo.

En esta tarea de repensar la relación entre el partido y el sindicalismo, los artículos de *Unidos* concuerdan en la necesidad de dotar al PJ de una autonomía respecto a las organizaciones obreras que hasta ese entonces no poseía. Los argumentos más fuertes para sustentar esta posición, más allá de las diferencias que la revista

¹¹⁷ Bárbaro, Julio, op. cit., p. 151.

¹¹⁸ Audi, Roberto, “El sindicalismo y la pinza burocrática”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985.

¹¹⁹ Audi, Roberto, op. cit., p. 144.

mantiene con buena parte de los líderes sindicales, se fundan principalmente en el nuevo contexto democrático y en los cambios dentro del plano laboral. Respecto a la primera cuestión, la nueva democracia exige, según *Unidos*, nuevos actores con mayor capacidad de negociación y de integración de sus reclamos dentro de un proyecto conjunto, que resultan preferibles frente a organizaciones como la CGT, liderada por Saúl Ubaldini, acostumbradas a desplegar estrategias de alta confrontación frente a un gobierno elegido por la mayoría. La serie de huelgas desatadas por la CGT en oposición sistemática a los planes económicos del gobierno radical, son mal vistas por los miembros de la revista, especialmente por exigir un reclamo -los 26 puntos, producto de la agregación de reclamos provenientes de distintos sectores como la CGT, UCD, SRA, UIA- no *congruente* e imposible de llevar a la práctica. En referencia al segundo elemento mencionado más arriba, para *Unidos* los cambios en la matriz laboral de la sociedad -básicamente el aumento de la desocupación y del trabajo no sindicalizado- han recortado el espectro social de representación de los sindicatos. Así sus reclamos se vuelven parciales al no tener en cuenta a un amplio sector de la población notablemente empobrecida, a la cual el peronismo debe buscar integrar, siguiendo su tradición de justicia social.

La solución sostenida en buena parte de los artículos de *Unidos* frente a estos escenarios es el fortalecimiento de un espacio mediador, el partido, con la capacidad suficiente de crear un proyecto que integre al conjunto social y que pueda ser consensuado o defendido frente a otras fuerzas políticas. Vicente Palermo resume esta propuesta al concluir que:

*El partido puede y debe tener voluntad y coraje para redefinir las demandas sindicales y agregarlas en un proyecto de transformación social compatible con la democracia. De no ser así, la política argentina oscilará entre el éxito improbable de un proyecto de reconstitución “salvaje” del capitalismo sobre la base de la representación de élites que se irán turnando, y la confrontación destructiva en la que las lógicas corporativas asfixiarán a la lógica de la construcción política.*¹²⁰

La falta de un espacio mediador y con capacidad de coordinar políticas estratégicas, que en otras épocas supo ubicarse en la propia figura de Perón, no sólo

¹²⁰ Vicente Palermo, “Transformación social: partido y sindicatos”, *Unidos* n° 11/12, octubre de 1986, p. 86.

abre la posibilidad de discutir la relación entre el partido y los sindicatos, sino la propia forma que debería adquirir el peronismo como fuerza política. Si bien estas discusiones se encuentran estrechamente vinculadas, en la revista se presentaron con cierta autonomía, y es por este motivo que decidimos presentarlas por separado.

3.3.3 *El Peronismo ¿Partido o Movimiento?*

La discusión en torno a la partidización del movimiento podría plantearse, resumidamente, de la siguiente forma: ¿el peronismo debía continuar aspirando a conformar un movimiento nacional o asimilar su forma a la de un *partido* en sentido *liberal*? Esta discusión se trasladó también al interior de *Unidos*, dividiendo aguas a favor de una u otra postura.

El temor a que el peronismo se mimetizara con el oficialismo en un sistema liberal de escasa iniciativa política, que, en palabras de Wainfeld, se limitara a administrar una “*democracia boba*”,¹²¹ sin *liberación* ni *cambio social*, llevaba a algunos integrantes de *Unidos* a defender el *movimiento* peronista. Uno de ellos es Chacho Álvarez, que resume su posición argumentando:

*El peronismo y específicamente la renovación se encuentra ante la disyuntiva: recrear un partido movimientista capaz de organizar y movilizar una expectativa y una voluntad transformadora o terminar en el partido-oferta, de militantes funcionarios cuya única aspiración es la carrera política personal o grupal.*¹²²

Un peronismo partidizado correría el riesgo de alejarse de las masas, de la causa popular, en definitiva, de la parte medular de su identidad política. Quienes sostienen esta posición se encargan de mencionar la necesaria reestructuración del movimiento poniendo fin a la división en ramas tal cual se entendía tradicionalmente (sindical, política, femenina y juvenil), pero destacando que la particular forma movimientista de interacción entre conducción y sectores populares fue determinante para explicar el éxito operativo del peronismo. Se teme que la partidización transforme al peronismo en

¹²¹ Mario Wainfeld, “Hace diez años sabíamos soñar”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984.

¹²² Carlos Álvarez, “El peronismo, la modernidad y la crisis de la política”, *Unidos* n° 10, junio de 1986.

una elite dirigente cuya relación con sus bases se manifieste solamente en elecciones partidarias, eliminando todo impulso transformador y avalando una democracia sin contenido democratizador.

En la otra esquina, figuras como Vicente Palermo¹²³ o Alvaro Abós¹²⁴ sostuvieron la necesidad de fortalecer el partido en desmedro de una forma movimientista destacando tres cuestiones: a) la relación entre los miembros de la coalición social que daba sustento al movimiento (esencialmente trabajadores y empresarios) ha mutado; ya no comparten intereses comunes, razón por la cual no puede darse por sentada la unidad de la base social peronista; b) con la muerte de Perón, el movimiento ha perdido al líder que cumplía de forma única e irremplazable la función de estrategia y mediador, procesando las contradicciones al interior del peronismo; c) el nuevo tiempo democrático impone nuevas reglas dentro del juego político, entre ellas el hecho de aceptar al enemigo político como necesario, lo que conduce a limitar las tendencias hegemónicas que conceptos como el de movimiento nacional conllevan implícitamente al homologar nación y peronismo. El fortalecimiento del partido al interior del peronismo permitiría suplir de forma colegiada y consensuada la falta de liderazgo que supuso la muerte de Perón. Al mismo tiempo, el partido se erigiría en el mediador de conflictos, estableciendo reglas claras de competencia, tanto dentro del peronismo como en su relación con otros partidos.

Contrapuestas las dos visiones se podría argumentar, sin embargo, que, en parte, se trata de una discusión engañosa. Quienes defienden una u otra postura comparten casi las mismas opiniones, tanto respecto a la necesidad de mantener al peronismo como un partido de masas como en adecuar sus formas dentro del marco democrático. Con otras palabras, se podría decir que ninguno de los que escriben en *Unidos* desea tener o bien un partido de elites liberales poco vinculadas a los sectores populares, o bien un movimiento desarticulado, sin dirección, y con poco apego a las formas democráticas. Este razonamiento nos permite plantear que en realidad lo que está en debate no es tanto la forma que debe tener el peronismo –cuestión sobre la que hay acuerdo–, sino la carga valorativa que conllevan determinados conceptos (partido y movimiento) y la conveniencia de seguir utilizándolos o no a la hora de discutir la identidad peronista. Y en este punto no nos resulta casual que figuras más ligadas a la militancia que al campo intelectual, como lo son Carlos Álvarez y Mario Waifeld, sean más reacios a abandonar

¹²³ Vicente Palermo, “Construcción del poder popular”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984.

¹²⁴ Alvaro Abós, “De lo plebeyo a lo social”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984.

un concepto como el de *movimiento peronista*, clave en la construcción de la tradición peronista, que Vicente Palermo o Alvaro Abós, mucho más vinculados al campo intelectual. Este tipo de problemas que implicaba la partidización del movimiento, era comprendido por Palermo, que a propósito del tema expresa:

Es preciso, en especial, articular en el seno de cada identidad política algunos componentes distintivos de las otras identidades; sin ello las líneas de fractura dentro del campo popular tenderán a profundizarse. Y sólo una identidad política inmadura y carente de confianza en sí misma podrá temer esta apertura (...) Creemos de decisiva importancia la articulación en nuestra identidad política, de temas democrático liberales.

Posicionado desde el campo intelectual, Palermo acepta con menos recelo la posibilidad de acercamiento entre las dos identidades políticas predominantes por aquel entonces, como lo eran el radicalismo y el peronismo. Por el contrario, Alvarez y Wainfeld, desde una perspectiva de confrontación política, destacan la utilidad del concepto *movimiento peronista* para contestar al proyecto democrático alfonsinista. Hacia finales de 1985, con una Renovación ganando terreno en la lucha interna partidaria, el oficialismo comenzaba a erigirse como el principal enemigo.

3.4 Unidos frente al alfonsinismo.

Se nos repetirá que lo nuevo es la democracia. Lo compartimos y valoramos. Somos los que más sufrimos su ausencia. Pero la democracia merece más, no puede atontarse en las formas de un apresurado cierre de época.

*Carlos Álvarez,
Unidos n° 9, abril de 1986.*

Pese a representar una revista peronista, *Unidos* no había caído en sus primeros números en una posición de elevada crítica respecto al partido que lograba eclipsar al justicialismo en el retorno a la democracia. Incluso, como se intentó mostrar más arriba, los miembros de la revista enfocaron sus críticas hacia el propio partido, manteniendo una posición agrídulce con el alfonsinismo.

Para *Unidos* el énfasis puesto por el oficialismo en las formas democráticas representaba un avance dentro de la política argentina, especialmente al contrastarlo con las actitudes antidemocráticas que vivía el PJ. Frente a un radicalismo que impulsaba políticas tales como los derechos humanos, la herencia para hijos extramatrimoniales, la firma del tratado con Chile por el Canal de Beagle, y ante un peronismo que se oponía sistemáticamente a casi cualquier medida del oficialismo; los miembros de *Unidos* eligen confrontar con la conducción del justicialismo, replanteando el rol de *oposición a cualquier precio*.¹²⁵ Salvador Ferla es claro al exponer este punto en un artículo donde destaca las principales falencias de la cultura política argentina:

A los errores reales del gobierno se responde con mitología, repudio y ruptura, como si no nos interesara la solución de nuestros problemas sino la derrota de este político de Chascomús (...) Si los sectores peronistas involucrados en esta postura creen que con ella capitalizan el descontento popular hacia el gobierno que salgan a la calle, conversen con la gente, y verán como la mayoría no traduce su decepción de Alfonsín en una automática rehabilitación del

¹²⁵ Arturo Armada, “Rio Hondo, bueno para el reuma, no para el cáncer”, *Unidos* n° 5, abril de 1985.

*peronismo, sino que tiende a desestimar juntos a radicales y peronistas (...) ¿Se imaginan como sería el país que entregaría Alfonsín derrotado?.*¹²⁶

Los puntos de contacto entre una revista que nuclea intelectuales peronistas progresistas y la ofensiva inicial del radicalismo quedan en evidencia en artículos como el de Feinman, escrito a fines de 1984.¹²⁷ Allí, contrariando un pensamiento generalizado dentro del justicialismo, el filósofo propone aceptar la invitación a participar del tercer movimiento histórico liderado por Alfonsín. Según su visión, “el enemigo del peronismo no es el radicalismo”, sino el antipueblo que antes atacó al peronismo y ahora hace lo propio con el discurso democrático del presidente. Resulta necesario, entonces, armar un frente nacional entre peronistas y radicales en defensa de la democracia, indispensable para “debatir un proyecto de liberación nacional”. Si bien esta postura no llega a ser dominante dentro de la revista, sí es expresión de una situación particular que viven los que conforman *Unidos* a comienzos del gobierno radical: sin un proyecto político propio dentro del peronismo que defender, las medidas iniciales de Alfonsín despiertan más adhesiones dentro de la publicación que las posturas de los opositores al radicalismo, situados en su gran mayoría dentro del ala derecha del espectro político, ya sea ésta liberal, militar, religiosa o peronista. La consolidación de la democracia será el paraguas dentro del cual *Unidos* buscará ampararse para censurar a quienes atacan al proyecto oficialista.

Esta situación comenzó a cambiar, sin embargo, luego de las elecciones legislativas de 1985. Los resultados de los comicios plantean un nuevo escenario, que es analizado en un número doble -7/8-, impreso en diciembre de ese año. Allí los artículos se centran en dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, se destaca el triunfo del oficialismo, sosteniendo como variables explicativas la situación defensiva en la que se encuentra una sociedad que elige proyectos que ofrecen reformas *posibles* sin emprender estructuraciones profundas, y la falta de un contrincante serio (el peronismo dividido no logró serlo). En segundo término, el grupo analiza el desempeño del peronismo en los comicios, ya claramente dividido en listas dirigidas por ortodoxos o por renovadores. Los escasos votos obtenidos por los dirigentes nacionales del PJ en sus respectivos distritos frente al correcto desempeño de los renovadores abrió nuevamente la ilusión de la revista respecto al futuro del peronismo, ratificando una posición que los

¹²⁶ Salvador Ferla, “Orígenes y perpetuación de la tragedia”, *Unidos* n° 6, agosto de 1985, p. 53.

¹²⁷ José Pablo Feinman, “A donde va el peronismo”, *Unidos* n° 4, diciembre de 1984.

miembros de *Unidos* ya habían expresado y ahora ven confirmado: los dirigentes ortodoxos no tienen posibilidades de éxito electoral en el nuevo presente democrático. La Renovación, en cambio, sí las tiene, siempre y cuando rompa definitivamente con el *peronismo de las catacumbas*¹²⁸ y emprenda un proyecto propio. La convergencia de *Unidos* con la Renovación cafierrista será explícita en este período de la publicación.

En un extenso artículo de este número doble Arturo Armada afina el lápiz al marcar el tipo de proyecto que el peronismo renovado podría y debería expresar para renacer y aspirar a un lugar dentro de la nueva democracia:

Creo que puede ser la alternativa 'de izquierda' ante el chirle proyecto posibilista del alfonsinismo, pero una izquierda realista, con sólidas bases en el movimiento obrero organizado, con una conciencia nacional inspirada por la tradición histórica de las luchas populares iniciadas a comienzos del siglo pasado, tradición asumida pero no mitificada ni extrapolada hacia el presente; una fuerza con lucidez frente a los cambios no queridos ni buscados en la sociedad nacional e internacional (...) Y lo dejo claro, una fuerza reformista - como siempre lo fue- asumida lisa y llanamente como tal, sin encubrir tras un discurso 'revolucionario' pero que nadie se traga, su incapacidad para suministrar soluciones eficaces y convincentes a los intrincados problemas argentinos.

El espacio que Armada le reserva a la Renovación, de *izquierda realista*, presenta una novedad en la revista. Hasta ese entonces, los miembros de *Unidos* habían mantenido una posición defensiva, buscando más distanciarse del rótulo de *socialdemócratas infiltrados* con el cual los ortodoxos los acusaban, que reivindicando espacios y políticas de 'izquierda'. La caracterización de izquierda, sin embargo, Armada la hace en referencia a un oficialismo que, a partir de este número, será analizado con mayor profundidad por el grupo.

Con una Renovación fortaleciéndose dentro del peronismo y con un gobierno que lleva ya dos años de práctica en el poder, *Unidos* decide editar en abril de 1986 su noveno número centrándose en la gestión radical. Titulado *El alfonsinismo. Navegaciones y enigmas*, este volumen presenta un objetivo claro dentro de la revista: sentar una posición crítica respecto a las políticas de Alfonsín, buscando remarcar las

¹²⁸ Alvaro Abós, "El tuerto en el país de los ciegos", *Unidos* n° 7/8, diciembre de 1985, p. 23

diferencias que existen entre el proyecto oficial y el que proponen quienes forman parte de la publicación.

En este número centrado en el alfonsinismo, los artículos en su gran mayoría poseen dos secciones. En una primera, más breve, se reconocen los logros del presidente en buscar el fortalecimiento de una conciencia democrática. Es aceptado que “desde que asumió la presidencia rigen en nuestro país en plenitud la Constitución y las libertades que ella consagra”.¹²⁹ Sin embargo para *Unidos* este logro también representa el límite de la gestión de Alfonsín, cuyo proyecto se reduce a consolidar las formas democráticas sin proponer soluciones a los grandes problemas de la sociedad, especialmente el de la desigualdad social. Resulta un punto de coincidencia entre los artículos de este número el remarcar que el problema no es tanto un plan errado, sino la falta de un proyecto lo que resulta más criticable en la gestión de Alfonsín. En términos similares, Manuel Martín sostiene que “el alfonsinismo aparece hoy como un modelo para la transición antes que un proyecto transformador”.¹³⁰

Tanto en lo referido al plano económico, como en lo social e inclusive en la cuestión militar, los artículos de *Unidos* destacan la improvisación con la que se manejó el gobierno. En la cuestión económica, las críticas apuntan a la falta de un plan económico al asumir el gobierno, a la decisión de pagar la deuda externa y al plan Austral, “motivado en un 70% para cumplir con las exigencias del FMI y en un 30% para aventar el riesgo de la hiperinflación, constituyendo un sacrificio supremo impuesto por la decisión de priorizar la atención a la deuda sobre las necesidades del país”.¹³¹ Respecto al tema militar, la opinión generalizada en los artículos concuerda en que Alfonsín prometió una profunda reforma militar que hasta comienzos de 1986 no había emprendido, y en cuya empresa el presidente se mostraba más bien cauteloso, confiando más en una *autoreforma* militar que en una intervención directa desde el poder ejecutivo.¹³² “Habrá juicio, pero no se dismantelará el aparato represivo ni se reestructurarán -operativa e ideológicamente- las Fuerzas Armadas”,¹³³ escribe Manuel Martín, resumiendo una posición que recorre la revista.

Es, sin embargo, en la cuestión social donde más énfasis pone *Unidos* al revisar el proyecto alfonsinista. Resulta monocrorde la opinión del grupo: el alfonsinismo no

¹²⁹ Salvador Ferla, “Necesidades y riesgos de la democracia formal”, *Unidos* n° 9, abril de 1986, p. 28.

¹³⁰ Manuel Martín, “El futuro del alfonsinismo” *Unidos* n° 9, abril de 1986, p. 66.

¹³¹ *Ibid.*, p. 27.

¹³² Ernesto López, “La reforma debida”, *Unidos* n° 9, abril de 1986.

¹³³ Manuel Martín, “El futuro del alfonsinismo”, *cit.*, p. 68.

propone una solución al problema de la pobreza y la marginalidad. El Plan Alimentario Nacional (PAN) impulsado por el gobierno nacional resulta apenas “una versión ampliada de las empanadas consevadoras y de las propinas misericordiosas que don Alberto Barceló le daba a “sus vagos” puestos en fila”.¹³⁴ Empezar un proyecto que busque modificar la gran desigualdad social que padece la sociedad implica, para *Unidos*, necesariamente intervenir en una relación de poderes que afecte intereses, generando conflicto. El proyecto alfonsinista, en cambio, “le teme al conflicto. Opone conflicto a democracia, en una visión de la paz social que se acerca a la concepción de una democracia domesticada. No logra incorporar la categoría de conflicto a su sistema de ideas y acota, de ese modo, las posibilidades de la misma democracia”.¹³⁵ Esta falta de vocación transformadora del gobierno radical, sin embargo, no refleja una actitud del electorado, sino que contradice a *la mayoría de la ciudadanía que en 1983 votó un camino de cambios sustantivos*.¹³⁶

Los límites intrínsecos del alfonsinismo abren la posibilidad a un proyecto alternativo superador. Resulta necesario, entonces, alcanzar la síntesis entre la democracia formal encarnada en la Unión Cívica Radical y la democracia social y el desarrollo de la producción específico del justicialismo. Con los primeros tres años del gobierno radical, resulta claro para *Unidos* que el alfonsinismo no se encuentra en condiciones de integrar estos elementos. En el peronismo, por el contrario, la Renovación ha ganado terreno y comienza a transformarse en una apuesta concreta para algunos miembros de la revista.

¹³⁴ Salvador Ferla, “Necesidades y riesgos...”, cit., p. 24

¹³⁵ Manuel Martín, “El futuro del alfonsinismo”, cit., p. 69.

¹³⁶ Carlos Álvarez, “La historia llama a la puerta”, *Unidos* n° 14, abril de 1987.

3.5 Unidos frente a la Renovación

(...) la renovación peronista, con su 'cuidada' imagen de señores dadivosos da la impresión, toda la impresión de que no le concede ni siquiera el asiento a un inválido en el colectivo, y eso en el mismo momento del acto verbal donde dice "representarlo".

Victor Pesce

Unidos n° 14, abril de 1987

Las prolíficas y fundadas críticas a la Renovación las formulábamos cuando muchos de nosotros apostábamos a ella como línea interna

Mario Wainfeld

Unidos n° 19, octubre de 1988

3.5.1 Las discusiones en la campaña del '87

En abril de 1987 *Unidos* edita su décimocuarto número, centrando su atención en la Renovación Peronista. Anticipándose a lo que será un año clave para la Renovación, puesto que le disputará al oficialismo las gobernaciones de varias provincias incluyendo la de Buenos Aires, la revista decide focalizar su análisis en la facción que comienza a perfilarse como el futuro del peronismo. La tapa de este número anticipa su contenido: *Renovación, ¿Cuánto valés?*

El debate es presentado por Carlos Álvarez, quien abre el número con un artículo que introduce las principales dificultades que se le presentan a la Renovación, ya no frente al peronismo ortodoxo o frente a un rol de opositor, como eran los ejes en números anteriores, sino de cara a un futuro e hipotético rol de gobierno. El escenario sobre el que escribe Álvarez está marcado por una doble tendencia: por un lado el

declive del alfonsinismo deja un espacio vacío que permite proyectar un crecimiento del peronismo en general, y de su sector más dinámico, la Renovación, en particular. Por el otro lado, el avance del neoliberalismo y de las teorías del mercado que discuten el modelo alfonsinista, también “*ponen en cuestionamiento el modelo de crecimiento redistributivo, de modernización y de movilidad social que informó la mejor tradición peronista*”.¹³⁷ El problema que se presenta, entonces, es cómo discutir el Estado, las privatizaciones, los alcances de las políticas económicas y sociales, sin dejar de entender que es el *Estado democrático el espacio desde el cual se combate la desigualdad con mayor eficacia*. Como destaca Álvarez, frente a la ofensiva neoliberal, el arsenal conceptual del peronismo se encuentra desmantelado, y si no se entabla un debate en el interior del partido se corre el riesgo de, o bien estancarse en una posición *fundamentalista*, sosteniendo un discurso ortodoxo y vacío, o bien dejarse influir por un nuevo *liberalismo antipopular*. Esta discusión, para Álvarez, debe dar cuenta de una “*nueva lectura del poder, que ya no habita en un solo lugar ni tiene propietarios exclusivos*” y cuya trama remite a una “*sociedad compleja, ya no susceptible de ser pensada en bloques (pueblo-antipueblo, nacionales-antinacionales, liberación o dependencia)*”.¹³⁸ Es necesario, entonces, reformular el viejo discurso movimientista, tematizando las problemáticas de la dependencia, justicia, poder popular, Estado, para construir nuevos vínculos entre partido, Estado y sociedad. Ante este panorama, Álvarez sostiene que “*la solución no pasa por los procesos de desregulación, sino por un proyecto de recomposición funcional que garantice la eficiencia y a la vez aliente prácticas de participación social*”.¹³⁹ La Renovación puede emprender estos objetivos desde una perspectiva favorable, según Álvarez, si *escapa a la tentación destematizadora que la acecha*.

El resto de los que escriben en este número de *Unidos* mantienen posiciones particularmente divergentes frente a la Renovación Peronista. A grandes rasgos se pueden dividir entre quienes destacan los avances que ha logrado el sector liderado por Cafiero dentro del PJ y quienes resaltan los límites que esta experiencia muestra a la hora de convertirse en un proyecto que busque transformar la realidad social del país.

Mario Wainfeld, Victor Pesce y Pablo Bergel se encuentran dentro del segundo grupo. Si bien valoran el avance en la democratización del peronismo alcanzado por la

¹³⁷ *Ibid.*, p. 15.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 21.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 22.

Renovación, sus críticas a esta corriente son varias. Wainfeld, entre otras cuestiones, considera poco viable un peronismo donde sigan conviviendo renovadores junto a representantes del *peronismo arcaico, feudal y reaccionario* como *los Romero en Salta y Corrientes, Los Saadi, Los Juárez, los Lorenzo y los Cavalieri*.¹⁴⁰ Esta estrategia de priorizar la unidad del PJ perseguida por la Renovación, además de ser un peligro para un futuro peronismo en el gobierno, somatiza otra afección más profunda a los ojos de Wainfeld:

*(...) la convivencia con el peronismo troglodita lleva en germen una transición ideológica: una política de concesiones, un peronismo conservador en suma. Los radicales se equivocan: el peronismo unido no ha de destruir la democracia... eso sí, es difícil que cambie la sociedad.*¹⁴¹

Wainfeld entiende que los esfuerzos por no fraccionar el peronismo tienen como objeto acumular aparatos, especialmente provinciales, para la contienda electoral, pero considera que la Renovación se equivoca al priorizar el momento electoral por sobre el de gobierno. Esta actitud excesivamente electoralista, además, ha llevado a la Renovación a pagar un precio demasiado caro para su tradición: ha abandonado buena parte del discurso tradicional del peronismo, quitando de sus enunciados las referencias al conflicto social, a la lucha de intereses, en la forma similar a la operada por el radicalismo. En palabras de Wainfeld, la Renovación sostiene que

*No hay que enunciar un discurso confrontativo con el establishment porque hacerlo es piantavotos. La hegemonía cultural radical no lleva a recusarla o desnudarla, sino a asumirla, lo que somete a los renovadores a sus principios discursivos y hasta a su estética. (...) La renovación niega los conflictos que recorren nuestra sociedad. Por eso puede juntar a todos en la protesta: la UIA, la CGT, la Iglesia, los divorcistas, las FF.AA, las organizaciones de derechos humanos. El discurso renovador sugiere una sociedad armónica, casi sin conflictos, perturbada en su funcionamiento por la gestión radical.*¹⁴²

Inclusive, para Wainfeld, la propuesta de concertación enunciada por los candidatos renovadores como uno de sus pilares en política económica esconde, tras un aparente espíritu consensualista, una fuerte carga conflictiva a la hora de decidir con quiénes se

¹⁴⁰ Mario Wainfeld, "El tío Cafiero: ¿Gobernador?", *Unidos* n° 14, abril de 1987, p. 29.

¹⁴¹ *Ibid.*

¹⁴² *Ibid.*, p. 32-33.

negocia y bajo qué circunstancias se lo hace. Estas cuestiones, además, no son simples maniobras pre-electorales a los ojos de Wainfeld, para él “*el discurso, las alianzas los compromisos electorales prefiguran al gobernante futuro*”.¹⁴³

Los artículos de Pesque y Berguel corren por vías similares a la de Wainfeld. En ambos casos la crítica más fuerte a la Renovación se centra en su asimilación al alfonsinismo, en el proyecto de *partido moderno* que se integre en un sistema bipartidista *sin sacar los pies del plato*, en la falta de propuestas o proyectos claros de transformación en favor de unos y en detrimento de otros, y en el lugar destacado que van ocupando técnicos del marketing electoral al tiempo que se desplaza a la militancia en las funciones de campaña. Víctor Pesce fundamenta su posición exponiendo como ejemplo el papel jugado por los líderes renovadores durante la votación de la ley de ‘punto final’. Según su visión, éstos abandonaron el recinto cuando se votaba la ley en la Cámara de Diputados dejando en claro que

*(...) la renovación se retiró como señoritos asustados ante un baile que se ponía feo para la “imagen”, y encima se retiró dejando una nítida estela sospechosa acerca de la firma de un pacto cómplice, lo suficientemente edulcorado con enunciados hipócritas como para que sirvan a fines electorales. ¿Se tenía miedo de que los radicales sacaran a relucir a López Rega, Isabel, las Tres A, el Comando de Organización, etc, etc, etc.? ¿Porque no hacerse cargo de esa historia de una vez por todas?*¹⁴⁴

Pablo Berguel, sin ser tan crítico de la Renovación, sostiene que ésta no logró delinear aún un *discurso alternativo visible, creíble y convocante al conjunto de las fuerzas sociales y políticas*. La propuesta democratizadora de la Renovación resultó útil, a los ojos de Berguel, para *rescatar al movimiento del canibalismo político*, pero arrastró a la Renovación a una mimesis con el alfonsinismo que no logrará satisfacer las demandas sociales:

No es suficiente poner al peronismo a la altura del pacto democrático defensivo que la sociedad acordó tácita o explícitamente para emerger del infierno procesista; y esto no es suficiente ni para el peronismo, porque sería una versión

¹⁴³ *Ibid.*, p. 35.

¹⁴⁴ Víctor Pesce, “Mi corazón y yo somos viejos desconfiados”, *Unidos* n° 14, abril de 1987, p. 84.

*“segunda” del alfonsinismo; ni para la democracia, porque sin su profundización transformadora el propio pacto termina desestabilizado.*¹⁴⁵

Si bien estos autores no son concluyentes, en la medida que mantienen la esperanza de un cambio dentro de la Renovación que permita modificar las cuestiones que consideran más censurables, sí sostienen que de seguir por este rumbo la Renovación no sólo correrá un serio riesgo de fracasar de forma similar a la del radicalismo, sino que además habrá desperdiciado una oportunidad clave para proponer un proyecto superador a la democracia del alfonsinismo, atenta a contenidos de justicia social.

En el otro lado del debate se encuentran figuras como Norberto Ivancich y Hugo Chumbita, cuyas posturas no sólo consisten en defender a la Renovación de las críticas más reiteradas a ésta fuerza, sino que se reconocen parte integrante de esta experiencia política.

Ivancich, en su artículo “Crítica a los críticos”,¹⁴⁶ se propone defender a la Renovación de las acusaciones provenientes de tres sectores claramente diferenciados: el radicalismo, el peronismo ortodoxo -especialmente Herminio Iglesias- y los intelectuales peronistas críticos de la Renovación. Respecto al primer grupo, que ha buscado situar al peronismo en su conjunto -Renovación incluida- por fuera del pacto democrático acusándolo de ser un partido *intrínsecamente desestabilizador*, Ivancich sostiene que justamente el mérito de la Renovación es haber desplazado del PJ a sus figuras menos democráticas, como Herminio Iglesias. Precisamente del herminismo proviene el segundo grupo de críticas a la Renovación, que consisten en acusar de socialdemócratas o de izquierdistas a los renovadores. Ivancich, lejos de cuestionar la veracidad o no de estos calificativos, se limita a resaltar el carácter maccartista y la convicción de ser los *únicos baluartes de la herencia de Perón* que estos ataques llevan implícito. El punto que más nos interesa del artículo, sin embargo, es el referido a los intelectuales dentro del peronismo. Una de las críticas más fuerte hacia la Renovación, como vimos antes, sostiene que *“habría una pérdida de identidad del peronismo que no podría por eso escapar a la opción bipartidista o democrático pluralista de equilibrio”*.¹⁴⁷ La respuesta de Ivancich no se refiere tanto a la propia Renovación, sino a los intelectuales peronistas que formulan esta opinión: ellos son los encargados de

¹⁴⁵ Pablo Berguel, “La renovación en campaña: un marketing complicado”, *Unidos* n° 14, abril de 1987, p. 91.

¹⁴⁶ Norberto Ivancich, “Crítica a los críticos”, *Unidos* n° 14, abril de 1987.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 52.

ayudar a construir un pensamiento crítico dentro de la Renovación, en lugar de ocupar la posición de críticos no comprometidos que sólo contribuye mantener “*por un lado un grupo de disconformes que ‘la ven de afuera’ y por el otro, militantes que quedan encerrados en la operatoria cotidiana de la rosca, sin margen para la reflexión y la autocrítica*”.¹⁴⁸ Si la Renovación logra ser apenas una nueva versión del alfonsinismo o no, sólo con la experiencia en el gobierno se podrá saber; hasta ese entonces resta contribuir para enriquecer al proyecto *más serio* dentro del peronismo desde el retorno a la democracia.

En sintonía con Ivancich, Hugo Chumbita analiza el documento fundacional de la Renovación publicado a fines de 1985 para demostrar que, al menos en el discurso, ésta se propone impulsar un *proyecto de transformación con contenido social* que conjugue la tradición del peronismo con los nuevos valores democráticos. Para lograr este objetivo, según Chumbita, la Renovación cuenta con una ventaja sobre otros partidos: con buena parte del sindicalismo en manos peronistas, desarrollar políticas de concertación entre el Estado, los empresarios y los sindicatos debería ser más viable para los renovadores de lo que resulta para el gobierno radical. Este argumento se contrapone claramente al enunciado por Wainfeld, según el cual la concertación no resultará una solución a los problemas de gobierno si antes la Renovación no decide claramente a quienes beneficiará y a quienes perjudicará con sus políticas, creando tensiones siempre difíciles de resolver.

3.5.2 *El ajuste al neoliberalismo*

Con las elecciones de septiembre de 1987 y el triunfo de Antonio Cafiero en la Provincia de Buenos Aires, creció en la revista la perspectiva de un triunfo renovador en las presidenciales de 1989, pero la caracterización de esta facción política en *Unidos* se mantuvo en términos similares a los expuestos más arriba: la Renovación, una alternativa peronista positiva en muchos sentidos, debía aún superar el modelo de la democracia electoralista y avanzar hacia un proyecto de cambio social. Como también

¹⁴⁸ *Ibid.*

mencionamos antes, una de las preocupaciones más fuertes de los miembros de *Unidos* continúa siendo cómo lograr desde el Estado y desde el partido impulsar una serie de cambios necesarios para modificar el grado de desigualdad social en un contexto de ascenso del pensamiento neoliberal, en el cual se pone en cuestión la propia intervención del Estado en esferas tan centrales como la económica. Advirtiendo el avance del neoliberalismo, no sólo en las filas del oficialismo o en las de los partidos de derecha como la Unión del Centro Democrático (UCeDé), sino también en las del propio peronismo, *Unidos* publica su número 18 en abril de 1988, titulado *Discutiendo el liberalismo*. Pese a la importancia que reviste el auge neoliberal a fines de los '80, no deja de resultar llamativo que, en la víspera de una elección interna de gran trascendencia para el peronismo, la revista decida hacer escasas menciones a la disyuntiva Cafiero-Menem que en dos meses decidirá parte del futuro del partido. Se pudo intuir en este número que la preocupación principal de *Unidos* ya no radica en saber quién será el nuevo líder del peronismo, sino que se centra en el avance de las ideas neoliberales dentro del propio partido, e inclusive dentro de las dos facciones que pugnan por alcanzar la presidencia. El debate parece haberse corrido de eje: con la renovación del partido parcialmente alcanzada, surge con fuerza la pregunta sobre las medidas que deberá tomar el PJ frente a la crisis económica si logra alcanzar la presidencia en el próximo año. Las recetas neoliberales comienzan a ganar terreno en esta nueva disputa ante las propuestas desarticuladas de los sectores no liberales del partido, y en ese terreno la revista propone entablar el debate.

Los diez artículos que discuten las posturas neoliberales lo hacen desde cierta perspectiva común, que Wainfeld logra resumir en la primer página de su artículo “Reagan, Thatcher, Sida, Rambo... ¡Jauretche, volvé!”:

*Los datos utilizados son pobres cuando no falsos. Los razonamientos confunden realidad con apariencia. Pecan de simplismo banal. Igual prenden. Cualquiera cola en cualquier repartición pública servirá de escenario a un pobre debate sobre el estado enemigo. Cualquiera incendio mal apagado promoverá la imaginativa propuesta de privatizar y someter al móvil de lucro la sacrificada profesión de bombero.*¹⁴⁹

¹⁴⁹ Mario Wanfeld, “Reagan, Thatcher, Sida, Rambo... ¡Jauretche, volvé!”, *Unidos* n° 18, abril de 1988, p. 5.

Los artículos ponen en cuestión a la casi totalidad del discurso liberal, desde sus principios fundantes, como el interés egoísta del individuo o las ventajas del mercado para la toma de decisiones, hasta las conclusiones últimas, que incluyen la privatización de espacios públicos o la flexibilización en materia de legislación laboral. Al explicar los comportamientos sociales a partir de principios como la *naturaleza egoísta del hombre*, según Wainfeld, los neoliberales exaltan cualidades que justamente las civilizaciones han buscado moderar, estableciendo claras diferencias entre las reglas del mundo social y las del mundo natural. El peronismo, junto al progresismo y al socialismo, continúa Wainfeld, ha buscado “*mejorar la condición humana, material y moralmente.*”¹⁵⁰

Pero no sólo se discute desde una *antropología distinta* sino que también se pone en cuestión la veracidad empírica de los argumentos neoliberales, como su supuesto éxito en las políticas macroeconómicas de distintos países. Según Wainfeld, capitalismo y liberalismo no son para nada sinónimos, y, salvando las democracias de Inglaterra y los EEUU, y la dictadura de Chile, en el resto del globo el capitalismo tiene muy poco de neoliberal. “*Las políticas de subsidios, dumpings y lo que fuera respecto de sus productos agrícolas; las inversiones brutales que se realizan en proyectos estatales; la utilización del déficit fiscal como herramienta esencial para el manejo de la economía*”¹⁵¹ prueban que los países del primer mundo no son liberales, como tampoco lo son para Wainfeld una gran mayoría de los países del sudeste asiático como Corea del Sur, cuyo crecimiento se debe a la *fuerte intervención estatal en la economía y los bajos salarios* sumados a la *casi nula organización sindical*, o Taiwán, donde el sector público engloba una parte vital de empresas de su economía que inclusive llegan a competir con el sector privado.

Para *Unidos*, entonces, el avance del discurso neoliberal no responde tanto a su éxito para brindar soluciones reales a las sociedades en crisis como la Argentina, sino al éxito de *los sectores económicos predominantes* en establecer sus necesidades como prioridad para el conjunto social.¹⁵² Y si bien este discurso del poder no puede ni pretende corregir los problemas de desigualdad y pobreza de la Argentina post dictadura, los miembros de *Unidos* también reconocen la falta de propuestas originales y adecuadas al nuevo contexto socioeconómico por parte del peronismo en su conjunto.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 16.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁵² Vicente Palermo, “¿Un peronismo contra el sentido común?”, *Unidos* n° 18, abril de 1988.

La Renovación cafierista, sostiene Arturo Armada en sintonía con el resto de los artículos,

*(...) no promete, por ahora, ser claramente la opción deseada ante el angelocismo. Está atravesada por serias contradicciones en la medida en que habitan en su seno los Cavallos de Troya, los Di Tellas, los Guadagnis y tantos otros, homogéneos en cuanto a la influencia económica neoliberal en el peronismo.*¹⁵³

Aún con estas contradicciones, sin embargo, la Renovación se presenta como una opción a construir, plausible de ser transformada en un proyecto acorde a los principios perseguidos por el grupo de la revista. Si bien esta posibilidad dependerá de varios factores, que según Arturo Armada estarán “*relacionados con la capacidad de lucha, con la voluntad de actuar, con la inteligencia para transformar el sentido común de las bases, los cuadros y la dirigencia peronistas y también el de los no peronistas que puedan sumar su apoyo a una apuesta difícil*”,¹⁵⁴ la posibilidad existe y es concreta dentro de los límites impuestos por la Renovación.

El proyecto liderado por Carlos Menem, en cambio, es presentado en la revista como un claro límite a la construcción de un peronismo coherente y transformador. Las referencias al menemismo resultan escasas en este número, lo cual se torna llamativo ya que es el último previo a las elecciones internas de julio de 1988. Sin embargo, en los breves pasajes donde se hace referencia al gobernador riojano y a la corriente interna que ha logrado construir, los artículos de *Unidos* destacan casi al unísono la inviable sumatoria de fuerzas que éste ha acumulado y el discurso vago, incoherente, mixturado y oportunista que Armada sintetiza en un párrafo del decimoséptimo número de la revista:

La metodología de Menem en su búsqueda del liderazgo nacional, basada en la exasperación de la picaresca de los vaivenes, se asemeja a un despampanante collage ideológico-publicitario, componiendo con lazos heterogéneos su imagen de conductor a patillazos, por los canales del golpe de efecto, guiado por la intuición oportunista. Si pretendiéramos simbolizar una síntesis actual del peronismo en su conjunto -a lo ancho del país- Menem sería su representación más cabal. Renovación, ortodoxia y renodoxia juntas; modernismo del operador

¹⁵³ Arturo Armada, “Entre Artigas y Perón: ¿Liberalismo político para la liberación?... (I)”, *Unidos* n° 18, abril de 1988, p. 100.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 101.

*asumido y la computadora, pegados a caciquismo de poncho y patillas pero con el desprecio del playboy internacional; último modelo de aire acondicionado más tracción a sangre; punteros y pequeños fürhers doctrinaristas mezclados con encuestas y publicidad. Perón, Alfonsín, Stroessner, Porfirio Robirosa y Maradona a un tiempo.*¹⁵⁵

El menemismo representa un retroceso a punto cero para *Unidos*. Si hay críticas para realizarle a la Renovación caferista, éstas son desde la posibilidad de cambio a un sujeto que se percibe como factible gobierno de la sociedad. El menemismo escapa a esta condición, se lo critica sin concebirlo como un proyecto al cual poder sumarse ante la eventualidad de ser gobierno. Se puede ir más allá y sostener que *Unidos* ni siquiera concibe la posibilidad de que el menemismo derrote al caferismo en las internas, que la figura de Menem y su discurso *chanta* no puede ser rival a la seriedad y trayectoria de Cafiero. En los números posteriores a la elección interna y al triunfo menemista, los artículos de *Unidos* destacarán, entre otras cuestiones, la pereza con la que actuaron los dirigentes renovadores en los distritos provinciales frente a una elección clave como lo eran las internas partidarias, permitiendo el triunfo de uno de los peores candidatos posibles para el peronismo. La propia revista también actuó con dicha pereza, eligiendo, en buena medida, mantener distancia en la interna partidaria, y editando un número previo a las elecciones contra el neoliberalismo que, leído en el código de la disputa al interior de PJ, mellaba más la imagen de la Renovación que la del menemismo. Quienes componen la revista revalidan de esta forma su condición de intelectuales críticos, decidiendo abrir discusiones sinceras en momentos de polarización pre-electoral.

3.5.3 La derrota de la Renovación en las internas y el final de Unidos

Luego de las internas de junio de 1988, la revista se tomará cuatro meses para editar un nuevo volumen. En octubre, bajo el título de *El menómemo peronista*, sale a la

¹⁵⁵ Arturo Armada, “Por una democracia en expansión”, *Unidos* n° 17, diciembre de 1987, p. 20-21.

calle el decimonoveno número, cuyo eje temático gira en torno al resultado del escrutinio y a la proyección del nuevo peronismo bajo el liderazgo de Carlos Menem.

El triunfo de Menem sobre Cafiero, si bien es aceptado con cierta sorpresa por los miembros de *Unidos*, les permite corroborar buena parte de su diagnóstico previo: la Renovación equivocó el camino al mimetizarse con el alfonsinismo, cuestión que profundizó al forjar con este último una alianza de gobernabilidad desde la provincia de Buenos Aires. El triunfo notable que cosechó Cafiero frente a la UCR en las elecciones provinciales un año antes, se vio empañado por el acercamiento al oficialismo en los meses posteriores, corroborando una tendencia que desde *Unidos* fue calificada como un *error* de la Renovación. Con la derrota de Cafiero consumada en las internas, gran parte de los artículos de la revista ratifican su juicio, anticipado en números anteriores, al sostener que la Renovación abusó de moderación en sus discursos, y de indefiniciones en materia política y económica, acercándose pasivamente a un oficialismo que se encontraba en un marcado declive. Pese a estos cuestionamientos a la Renovación, quienes escriben en este número no dejan de reconocer la importancia vital que tuvo el sector liderado por Cafiero en la transformación de las prácticas políticas dentro del peronismo, permitiendo, entre otras cuestiones, el desarrollo de unas elecciones inéditas dentro del PJ.

El resultado de la interna, sin embargo, no sólo se explica en la revista a partir de la alfonsinización de la Renovación. El discurso de Menem jugó un rol clave, especialmente al posicionarse por fuera de la política *sin respuestas* en la cual él situaba tanto a Cafiero como al oficialismo. Los artículos de *Unidos*, casi al unísono, destacan la capacidad del gobernador riojano para acercarse a los sectores más pobres de la sociedad, hablando en su mismo idioma y proponiendo soluciones que, si bien a las clases medias les parecen irreales o contradictorias, ofrecían esperanza a los sectores que más padecían los problemas económicos del país. Como resume Hugo Chumbita, la Renovación había evolucionado a *costa de un alejamiento de la base social del peronismo* a la que Menem *logró expresar*.¹⁵⁶ De esta forma *Unidos* consigue reconstruir otra imagen de Menem, que ha pasado de ser una figura que nucleaba a buena parte de lo peor del peronismo, a constituirse en el representante de los sectores más excluidos de la sociedad, reconociendo la *vitalidad* de su *liderazgo movimientista* y su capacidad para *contener y expresar a las masas populares*.

¹⁵⁶ Hugo Chumbita, “El peronismo según Menem”, *Unidos* n° 19, octubre de 1988, p. 62.

La tensión entre aquel Menem que condena al peronismo a una regresión pre-Renovación y este Menem que se erige como líder de los desposeídos, no es del todo resuelta en éste número de la revista, permitiendo mantener cierta incertidumbre sobre el real desempeño del futuro candidato del PJ. Esta zona de indefiniciones les permite a figuras como Carlos Álvarez, continuamente preocupado por la relación entre conducción, partido y sociedad, esperanzarse con una rearticulación de fuerzas dentro del peronismo que permita construir una *opción interna diferenciada*. Lejos de sucumbir ante *el reclamo verticalista de la disciplina*, esta alternativa al interior del PJ deberá *incentivar el debate interno y propiciar nuevas formas de participación y compromiso político*, entendiendo que *Menem también será lo que sean y lo que hagan los distintos sectores del peronismo*.¹⁵⁷ Están dadas las circunstancias para reconstruir un espacio propio dentro del partido que contenga al sector renovador fiel al proyecto esbozado por Cafiero y que logre influir a la nueva conducción encabezada por Menem, que a su vez necesitará de éste poder político-partidario para emprender cambios profundos dentro de la sociedad argentina. Menem, con todos sus signos contrapuestos, abre la posibilidad para *reintroducir la Argentina excluida y negra en los dominios del poder, sin alterar las reglas de juego democrático*; es necesario entonces que quienes perdieron en la interna se encolumnen detrás de esta posibilidad, presionando por su realización.

Vicente Palermo y Norberto Ivancich, cabe resaltarlos, sostienen una perspectiva diferente a la corriente mayoritaria expresada antes. Para ellos el triunfo de Menem representa el triunfo de la conservación por sobre el de la transformación del peronismo. La Renovación era un verdadero paso hacia adelante al postular un *modelo no populista de representación de las clases populares, una perspectiva de superación de la crisis económica y política estatal que exigía revisar muchas de las ideas y concepciones tradicionales del peronismo*.¹⁵⁸ Para Palermo, el único error de la Renovación fue creer que era posible emprender esta serie de cambios profundos conservando la unidad del peronismo, que a la postre los llevó a realizar una serie de concesiones al menemismo perjudiciales para el éxito del proyecto. Inclusive, la decisión de no conformar una fórmula Cafiero-Vernet para las internas, según Palermo, fue un acierto, ya que de triunfar esta dupla se estaría aceptando la derrota anticipada de la Renovación por los *restauradores*. El triunfo de Menem sobre el intento de renovar seriamente al

¹⁵⁷ Carlos Álvarez, “Los desafíos del peronismo”, *Unidos* n° 19, octubre de 1988, pp. 9-10.

¹⁵⁸ Arturo Palermo, “Entre renovadores y restauradores”, *Unidos* n° 19, octubre de 1988.

peronismo, en lugar de mostrar los límites de la Renovación como proyecto político, ha expuesto los del propio partido. Tanto para Palermo como para Ivancich triunfó un movimiento retrógrado, con escasa viabilidad política, sobre una de las propuestas más serías de reforma dentro de peronismo desde el retorno a la democracia. En ambos intelectuales, la apuesta por el peronismo llevaba implícita una apuesta a la renovación del mismo. El triunfo de la fórmula Menem-Duhalde sepultó esta posibilidad, poniendo en riesgo su pertenencia, al menos desde el voto, al peronismo.

La victoria de Menem sobre Cafiero puso en tensión una serie de elementos presentes en números anteriores de la revista, pero que ahora aparecen de forma más clara. A grandes rasgos se puede decir que todos los miembros de *Unidos* comparten una serie de principios que es posible reunir en cinco ítems: 1) todos se reivindican como peronistas, sosteniendo una visión más o menos común de su tradición y de su identidad, 2) todos defienden el sistema democrático sin reparos, tanto para gobernar el país como para gobernar el partido, 3) todos esperan del peronismo la defensa de valores de justicia social, buscando atacar las diferencias de riqueza que arrastra el país, 4) todos se oponen a la ortodoxia del partido, y 5) todos critican en mayor o menor medida la gestión del alfonsinismo. Estos elementos, descriptos a lo largo de este trabajo, hacen a la identidad del grupo, son sus rasgos distintivos dentro del peronismo, a los que les buscan dar un sustento ideológico desde la publicación. En buena medida, su cercanía a la Renovación está dada por compartir muchos de estos elementos con ésta. Sin embargo, de la ponderación que cada uno de los miembros de la revista hace de estas distintas cuestiones y como los vuelcan a una interpretación particular de la realidad política, resultan visiones divergentes y soluciones bien diferentes frente a determinadas cuestiones particulares.

Los análisis posteriores al triunfo de Menem y su impacto dentro del PJ, son un buen ejemplo de las diversas formas de sopesar estos principios. Como destacamos más arriba, Palermo, lejos de estimar beneficioso el triunfo de Menem, lo considera seriamente perjudicial para el peronismo. Su posición resulta coherente con una visión sostenida a través de los distintos números, en donde él remarca constantemente la necesidad de reformular aquellos rasgos de la identidad peronista menos compatibles con la democracia -como lo son su voluntad hegemónica dentro del espectro político, su relación con las corporaciones, etc.-, tarea indispensable para situar al peronismo dentro de un sistema de partidos aceitado que posibilite establecer reglas claras en la solución

de conflictos.¹⁵⁹ El *otro* a derrotar, el enemigo, para Palermo no es tanto el Alfonsismo, sino más bien quienes puedan llegar a atentar contra la consolidación y desarrollo del sistema democrático. Las corporaciones, en defensa de sus intereses particulares no articulados o mediados por una representación partidaria (como lo son el ejército, el sindicalismo peronista reacio a aceptar la tutela del partido, los empresarios con escasa vocación conciliadora) representan este *otro* en la concepción de Palermo. Menem, que recibió el apoyo de las cúpulas sindicales peronista, de importantes sectores del empresariado, y que se opuso desde el discurso al sistema de acuerdos políticos creados entre el oficialismo y la Renovación, representa de modo cabal ese *otro* para Palermo.

El foco de Carlos Álvarez, por el contrario, no se centra tanto en la búsqueda por lograr un sistema democrático fuerte y efectivo para atender a los problemas sociales, sino en la necesidad de transformar al peronismo en un partido apto para el contexto democrático pero sin abandonar sus rasgos distintivos, lo que, entre otras cuestiones, implica una gran capacidad para desarrollar políticas sociales a partir de su fuerte arraigo en las clases excluidas del sistema. Una de las ideas centrales de los artículos de Álvarez es la relación de poderes que se establece entre las bases del partido, los militantes, y sus dirigentes. Para “Chacho”, el peronismo es el único partido con un fuerte arraigo en las clases bajas, lo cual le posibilita un doble juego: por un lado la dirigencia puede movilizarlas en defensa de sus intereses o acordar con ellas políticas de mediano plazo, por el otro debe responder a ellas si no quiere perder toda posibilidad de viabilidad y éxito electoral. Recrear una mayoría social que sea protagonista clave en el poder, agente necesario para impulsar cambios socioeconómicos, es una de las preocupaciones centrales de Álvarez. Las posibilidades de maniobra de la dirigencia del partido se verán directamente condicionadas por esta mayoría social. Es por ello que para Álvarez resulta importante que Menem haya regenerado un nuevo vínculo con los sectores más pobres del peronismo durante la campaña en las internas, y que ese proyecto haya triunfado por sobre el de Cafiero, que parecía perder esa iniciativa con el paso del tiempo. Si es Menem quien también posee vicios propios de la ortodoxia, estos vicios son en algún sentido propios del peronismo y hasta resultan indisociables de su identidad distintiva. Por el otro lado, para Álvarez, la insistencia en una estabilización de la democracia que limite severamente el espectro de acción del peronismo resulta reaccionario, así como resultó también reaccionario el estilo de *linealidad* y

¹⁵⁹ Ver pp. 57-58 de este trabajo, donde se analiza esta cuestión.

predictibilidad que había buscado imprimir *la línea más conservadora de la renovación*.¹⁶⁰ Para “Chacho”, el modelo de partido que el alfonsinismo puso en práctica se encuentra claramente fuera de sus fronteras de pertenencia, mientras que Menem, con todos sus elementos contradictorios, presenta la potencialidad suficiente para ser un aceptable líder del PJ.

En Mario Wainfeld, el enfoque también difiere de los dos anteriores. Su preocupación central radica en la voluntad del peronismo por emprender políticas concretas de redistribución de la riqueza. Para lograr esto, Wainfeld entiende que el peronismo, o cualquier otro partido que se lo proponga, debe afectar los intereses de los sectores más privilegiados de la economía argentina. Se debe definir con claridad quienes serán los beneficiarios de las políticas estatales y quienes serán, por añadidura, los perjudicados. El conflicto social, devenido de intereses contrapuestos e ineludibles, ocupa el lugar central en sus análisis del partido, siendo constante su reclamo por una mayor definición de la coalición social a la cual representará el peronismo y a la cual se opondrá. Las ideas de concertación social esgrimidas por los candidatos peronistas representan para Wainfeld *una visión idílica que se corresponde con una cara inexistente de la perinola, donde todos ganan*. El enemigo más claro en su planteo es *una porción escasa pero no ínfima de la población que obtiene ganancias brutales a costa del resto*.¹⁶¹ Para Wainfeld, ni Cafiero ni Menem lograron articular un discurso claro en torno a la definición de qué intereses defenderán y cuáles atacarán con sus políticas; por el contrario, ambos cosecharon alianzas con sectores cuyas intenciones son claramente opuestas a las del conjunto social empobrecido. Ninguno de estos candidatos le despierta entonces demasiada adhesión a Wainfeld, pero está claro que tampoco lo hacen el resto de las opciones políticas de otros partidos, que poseen para él peores vicios que el peronismo.

Estas tres posiciones, elegidas en parte debido a su impronta sobre la revista y a su coherencia a través de los números, ilustran los núcleos problemáticos del peronismo *progresista* en los `80. Sus coincidencias en términos generales sobre determinados valores o principios políticos, dejan sin embargo un espacio vacío sobre la toma de decisiones políticas en una realidad de opciones limitadas. Este espacio debe ser reflexionado y construido por los propios sujetos que escriben en la revista, y es allí donde las diferencias generan un debate con acuerdos claros, pero también con

¹⁶⁰ Carlos Álvarez, “Optimismo de la voluntad”, *Unidos* n° 20, abril de 1989.

¹⁶¹ Mario Wainfeld, “¿Patoruzú le ganó a Isidoro?”, *Unidos* n° 19, octubre de 1988.

disidencias notorias. Comprender las distintas formas de elaborar las salidas particulares que proponen quienes conforman la revista ha sido uno de los principales objetos de este trabajo.

Con la definición del menemismo como un modelo netamente neoliberal, la revista ocupará un rol de neta oposición al oficialismo, al tiempo que merma su producción. Su último número, *Juntar los pedazos*, fue el vigésimo tercero y se imprimió en agosto de 1991. La posibilidad de regenerar algún espacio progresista desde el peronismo había quedado en la década pasada, y el éxodo de Chacho Álvarez con el *grupo de los 8* será seguido por la gran mayoría de los que compusieron *Unidos*. Ahora la discusión deberá enfrentarse al desafío de crear un nuevo partido.

4. Conclusión

El trayecto que hemos recorrido ha buscado exponer algunos de los problemas fundamentales a los cuales se enfrentó un peronismo con impronta progresista durante los '80, así como los debates que estos problemas generaban en su interior.

Urgidos por la vertiginosa evolución de la democracia, a la cual el alfonsinismo contribuyó con un discurso centrado en valores republicanos, quienes conforman *Unidos* se propusieron *aggiornar* el peronismo al nuevo contexto político. Su primer paso consistió en excluir del peronismo toda identificación con la violencia pasada, especialmente la vinculada a la década del '70. Para ello, *Unidos* realiza un doble movimiento: por un lado hace una fuerte crítica al accionar de Montoneros luego del '73 y al uso en general de la violencia en democracia; por el otro, pone de manifiesto la vocación democrática del peronismo, emanada esencialmente del propio Perón, al que citan como un líder conciliador.

El estallido de la interna dentro del PJ servirá para posicionar al grupo y para definir su perfil con mayor justeza. *Unidos* se sitúa en las antípodas políticas del peronismo ortodoxo. La utilización de métodos que no se adecuen estrictamente a reglas de juego compartidas por el conjunto del partido, un discurso impregnado de contenidos conservadores, y la oposición a cualquier costo al oficialismo, son los puntos más fuertes que separan a los sectores que dominaban el PJ durante los primeros años del gobierno radical de la identidad configurada por *Unidos*. Ante estas marcadas diferencias y frente a las dificultades para desplazarlos de la conducción del partido, en la revista se va a presentar una de las primeras discusiones internas: ¿se debe abandonar el peronismo o hay que disputar desde adentro con los ortodoxos? *Unidos* no encuentra una respuesta monolítica aunque, pese a las voces que buscan romper con el PJ, el grupo permanecerá dentro del partido apostando al éxito de la incipiente Renovación.

Con los vientos de cambio que comienza a desatar la Renovación dentro del PJ, la revista se propone revisar elementos hasta entonces constitutivos de la identidad peronista y replantear las formas del partido de cara a un futuro cada vez más inmediato. La relación del PJ con el sindicalismo, su adecuación a la democracia como partido moderno o su preservación de determinados rasgos movimientistas tradicionales, son

algunos de los ejes sobre los que se entabla una discusión que, nuevamente, no encuentra posiciones unánimes dentro de la publicación. Las tensiones presentes en el grupo cruzan enfoques de perfiles democráticos formalistas y modernizadores con posiciones más tradicionalistas, donde se busca respetar la identidad específica del PJ. En los primeros se acentúa la importancia de transformar al PJ en un partido con autonomía respecto de las distintas fuerzas sociales, mientras que en los últimos se evalúa como un costo demasiado alto la renuncia al carácter movimientista del peronismo.

Las discusiones sobre el propio partido se verán directamente influidas por la evolución del oficialismo. A medida que la gestión de Alfonsín no conseguía dar respuestas a los problemas de pobreza del país ni lograba resolver los conflictos en los frentes militar y económico, quienes forman *Unidos* comienzan a aumentar las críticas hacia el gobierno. Abandonada la etapa donde ser oposición al gobierno implicaba convalidar posiciones conservadoras que cuestionaban el avance del oficialismo, ahora *Unidos* critica la falta de vocación transformadora del alfonsinismo proponiendo la superación de un modelo que juzga pobre en resultados. Sin dejar de rescatar los avances que el radicalismo implicó en la formación de una conciencia democrática dentro de la sociedad, *Unidos* no deja de marcar las deficiencias para encarar transformaciones socioeconómicas profundas que presenta el oficialismo.

La apuesta de *Unidos* a la Renovación, visible en los números que acompañan el crecimiento de Cafiero hasta llegar a la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, comienza a agrietarse al resultar evidente la asimilación del líder renovador al alfonsinismo para buena parte de quienes escriben en la revista. Al aceptar las reglas del oficialismo, pactando políticas de gobernabilidad con el gobierno nacional desde la provincia, el cafierismo desata una serie de cuestionamientos entre buena parte del staff de *Unidos*. Quienes elevan sus críticas hacia la Renovación, le exigen que *saque los pies del plato*, que exija cambios profundos dentro del modelo establecido por el oficialismo, en lugar de aceptar mansamente las reglas propuestas. A esta posición, sin embargo, se le contrapone otra corriente dentro de la misma revista que valora los logros alcanzados por la fracción renovadora, entendiendo que la prioridad del peronismo es integrarse plenamente al sistema democrático para poder ser una opción viable de gobierno. Aquí, en parte, afloran las discusiones entre partido y movimiento, entre formas democráticas y políticas de transformación social, no entendiendo estas

dualidades como antinómicas pero sí percibiendo la tensión que existe entre ellas al analizar un proceso político concreto.

Estas disidencias sobre la forma de construir un nuevo peronismo, visibles cuando se discuten temas como la forma que el partido debe adoptar, o cuando se evalúan las posibilidades de la renovación o del menemismo, permiten apreciar los ejes de discusión al interior del peronismo progresista, con sus encuentros y desencuentros. Como se mencionó anteriormente, todos coinciden en una serie de acuerdos básicos (se reivindican como peronistas, defienden el sistema democrático, comparten valores de justicia social, se oponen a la ortodoxia del partido, y critican la gestión del alfonsinismo). Sin embargo, sus diferencias a la hora de volcar estos principios en apreciaciones concretas sobre la realidad política resultan notorias. Estas diferencias muestran lo difícil que resulta armonizar estos principios al interpretar una situación dada, específica, de la realidad política. Si se prioriza el enfrentamiento con la ortodoxia ¿se puede seguir perteneciendo al mismo peronismo del cual ellos también son parte? parece preguntarse Wainfeld a mediados de 1985, cuando las perspectivas de renovación dirigencial en el PJ parecen muy difíciles. Si se hace un fuerte énfasis en la necesidad de priorizar el poder del partido por encima de otros componentes del peronismo, para transformarlo en un partido moderno ¿no se cae en una contradicción con la identidad peronista, que marca su distancia con los partidos liberales? Si se prioriza la justicia social como fin inmediato e irrenunciable de la fuerza política ¿no se puede entrar en tensión con un sistema democrático y de partidos que no posee como prioridad la distribución del ingreso?

El caso de Menem resulta un prisma que nos permite apreciar con mayor claridad los debates al interior del progresismo peronista que acabamos de describir. La peculiar amalgama de elementos que el gobernador riojano consigue ensamblar genera respuestas antagónicas en el interior de *Unidos*, un grupo con un alto nivel de afinidad en sus posturas ideológicas. Los motivos por los cuales quienes escriben en la revista no logran ponerse de acuerdo sobre el fenómeno Menem tienen un doble origen: por un lado, como mencionamos en el párrafo anterior, existen diferencias en el interior de *Unidos* sobre qué problemas se deben priorizar en el debate político; pero por el otro lado el menemismo desplegó un discurso durante las internas particularmente difícil de encasillar. Su triunfo sobre Cafiero representó el triunfo del movimiento sobre el partido, fue la expresión de los excluidos del sistema, pero en alianza a los empresarios exitosos. Con un fuerte apoyo de los sectores ortodoxos, se posiciona como la

superación de la Renovación, de la cual, a su vez, fue uno de sus miembros fundadores. Su discurso, vago e incoherente a los ojos de *Unidos*, logró imantar a las clases bajas. La Renovación, pese a controlar la estructura formal del partido, no logró movilizar con eficacia a sus propias fuerzas para la interna. Esta particular mixtura de elementos alcanzada por el menemismo expuso con mayor crudeza las sutiles diferencias que separan los enfoques discordantes sobre cómo construir un peronismo de corte progresista.

Quienes, como Carlos Álvarez, valoran, en esa coyuntura, la relación que Menem logró establecer con los sectores populares por considerarla una de las piedras angulares de toda política que tenga entre sus objetivos atacar la pobreza, ven en el riojano un potencial candidato a respaldar. ‘Chacho’, además, se ha volcado plenamente a la política partidaria, y desde allí percibe la posibilidad de influir sobre el nuevo líder del PJ, para contener las prácticas más reaccionarias que impulse el movimiento y para potenciar las de corte progresista.

Vicente Palermo, en cambio, percibe en Menem la posibilidad de hacer mella sobre un sistema de partidos en ciernes, cuya viabilidad a largo plazo juzga imprescindible para construir un régimen político fuerte que permita entablar reglas claras de acción para atacar los problemas más acuciantes de la sociedad. Sin este sistema político consolidado, lo que se pone en riesgo no es tanto el éxito o fracaso de un partido en particular, como el peronismo, sino el sistema democrático en general. El alfonsinismo, con todos sus problemas y decepciones, ayudó a consodar la democracia, mientras que la posición adoptada por Menem de ‘outsider’, que viene a establecer cambios profundos en este sistema, puede destruir todos los avances realizados hasta aquel momento.

Las diferencias en la concepción del partido y en su apuesta o no hacia el éxito del liderazgo de Menem, también se relacionan con el rol que ocupan cada uno de estos intelectuales, cuestión que hemos intentado abordar en el trabajo. Vicente Palermo o Mario Wanfeld, privilegiando una perspectiva intelectual, arrastran responsabilidades y percepciones diferentes que Álvarez, quien se ubica dentro del partido, y busca transformar su rol de militante en dirigente. ‘Chacho’ valora la posibilidad de conseguir una transformación desde adentro, entiende las contradicciones que se gestan en el interior del PJ y trabaja para salvarlas en su favor.

Estas tensiones entre las demandas de lo político y los intereses del intelectual, se vuelven claves a la hora de leer y evaluar la revista *Unidos*. Si la revista sirve como

una plataforma que exhibe algunos de los debates centrales que recorrieron el peronismo progresista en la década de los 80, estas discusiones, también ponen en juego los desacodos entre el espacio de la reflexión y el de la práctica política.

Si en el título de la revista -*Unidos*- podemos percibir la necesidad subyacente de convocar y agrupar a un partido que asoma fragmentado y disperso a comienzos de los '80, esta intención de unión se verá tensionada por la situación de intelectuales críticos frente a las experiencias políticas concretas que se encargarán de analizar. Todo proceso de unidad requiere marcar límites, establecer separaciones y diferencias respecto de *el otro*, que, en el caso de *Unidos*, resultará de vital importancia para comprender la identidad del grupo.

4. Bibliografía:

- Aboy Carlés, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina, La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.
- Aboy Carlés, Gerardo (2004) “Parque norte o la doble ruptura alfonsinista”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhesa, Buenos Aires.
- Altamirano, Carlos (2001) *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires.
- Altamirano, Carlos (2004) “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhesa, Buenos Aires.
- Aruguete, Eugenia (2005) “El ‘Grupo de los 11’. Intentos y fracasos en la construcción de alianzas policlasistas durante la transición democrática”, Terceras Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Basualdo, Eduardo (2006) *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX hasta la actualidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Brachetta, María Teresa (2005) ‘*Refundar el peronismo*’ *La revista Unidos y el debate político ideológico en la transición democrática*”, FLACSO, Mendoza.
- Brachetta, María Teresa (2007) *La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los '80*, Proyecto SECyT, UNCuyo-, Mendoza.
- Cavarozzi, Marcelo (2006) *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*, Ariel, Buenos Aires.
- Cerruti, Gabriela (1993) *El Jefe, Vida y obra de Carlos Menem*, Planeta, Buenos Aires.
- De Ipola, Emilio (2004) “Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis en la Argentina)”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhesa, Buenos Aires.
- Escher, Federico (2005) *La revista Unidos frente a los conflictos entre “ortodoxos” y “renovadores” durante la transición democrática en la Argentina (1983-1985)*, 3ras Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires.

- Guido, Ricardo y Domeniconi, Hector (1983) “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”, *Desarrollo Económico*, v. 26, N° 103.
- Gutiérrez, Ricardo (1998) “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982, 1995” XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, Chicago.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2001) “Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”, 5to Congreso Nacional de Estudios del Trabajo.
- Ivancich, Norberto “La larga marcha: de la institucionalización del PJ, hasta la instauración del menemismo”, en www.croquetadigital.com.ar
- Levisky, Steven (2005) *La transformación del justicialismo. Del Partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- McAdam, Andrew (1996) *Antonio F. Cafiero: El Renovador*, Corregidor, Buenos Aires.
- McGuire, James (1997) *Peronism without Perón, Unions, Parties, and Democracy in Argentina*, Stanford University Press, California.
- Morales Solá, Joaquín (1991) *Asalto a la ilusión, Historia secreta del poder en la Argentina desde 1983*, Planeta, Buenos Aires.
- Neiburg, Federico (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, Buenos Aires.
- Novaro, Marcos (2006) *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Edhesa, Buenos Aires.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2004) “Las ideas de la época entre la invención de una tradición y el eterno retorno de la crisis”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (Comps.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires.
- Nun, José y Protantiero, Juan Carlos (Comps.) (1987) *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*, Puntosur, Buenos Aires.
- Olivera, Daniel (2004) *El Macho: José Luis Barrionuevo*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Palomino, Héctor (1986) “Argentina: dilemas y perspectivas del movimiento sindical”, *Nueva Sociedad* N° 83.
- Pucciarelli, Alfredo (Coord.) (2006) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Romero, Luis Alberto (2001) *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Tcach, César (1996) “Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)” en Silvia Dutrénit (Coord.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México.

Vomaro, Gabriel (2006) “Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina”, en Alfredo Pucciarelli (coord.) *Los años de Alfonsín*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Fue consultado el diario *Clarín* entre los años 1981 y 1990.

Números de la revista *Unidos*:

- Nº 1: *(sin título)*, Mayo de 1983.
- Nº 2: *(sin título)*, Julio de 1983.
- Nº 3: *(sin título)*, Agosto de 1984.
- Nº 4: *Peronismo, presente y Futuro*, Diciembre de 1984.
- Nº 5: *Peronismo y Sociedad. Abismo y puentes*, Abril de 1985.
- Nº 6: *Peronismo ¿el fin?*, Agosto de 1985.
- Nº 7-8: *Después de las elecciones*, Diciembre de 1985.
- Nº 9: *El alfonsinismo. Navegaciones y enigmas*, Abril de 1986.
- Nº 10: *Che Modernidad*, Junio de 1986.
- Nº 11-12: *La Revolución bajo sospecha*, Octubre de 1986.
- Nº 13: *Una cosa que vuela con P*, Diciembre de 1986.
- Nº 14: *Renovación ¿cuánto valés?*, Abril de 1987.
- Nº 15: *La democracia sitiada*, Agosto de 1987.
- Nº 16: *Más allá del voto*, Octubre de 1987.
- Nº 17: *Felipillo, Superalan y el difunto Tancredo*, Diciembre de 1987.
- Nº 18: *Discutiendo el liberalismo*, Abril de 1988.
- Nº 19: *El menómemo peronista*, Octubre de 1988.
- Nº 20: *Y si ganamos...*, Abril de 1989.
- Nº 21: *Anochece, que no es poco*, Mayo de 1990.
- Nº 22: *¿Hacia Dónde?*, Diciembre de 1990.
- Nº 23: *Juntar los pedazos*, Agosto de 1991.

Revista *Unidos* por año

